

Minedu, mujeres de lucha y motivación

Recopilación de historias de vida en el marco de las actividades por la conmemoración del **Día Internacional de la Mujer-Minedu 2024**



Gobierno del Perú



BICENTENARIO
PERÚ
2024

Créditos

Dr. Morgan Quero

Ministro de Educación del Perú

Fátima Soraya Altabás Kajatt

Viceministra de Gestión Institucional

María Esther Cuadros Espinoza

Viceministra de Gestión Pedagógica

Ana Grimanesa Reátegui Napurí

Secretaria General

Magali Ella Meza Mundaca

Jefa de la Oficina General de Recursos Humanos

Miriam Janette Ponce Vértiz

Exministra de Educación

Libro electrónico *"Minedu, mujeres de lucha y motivación"*

Esta es una obra colectiva, compilada durante el mes de marzo, en el marco de la conmemoración del Día Internacional de la Mujer.

Equipo técnico

Dirección General de Educación Básica Regular

Dirección de Educación Primaria

Publicado por la Oficina General de Recursos Humanos

Edición: abril de 2024

©Ministerio de Educación del Perú

Calle Del Comercio, 193, San Borja

Lima, Perú. Teléfono: (511) 615 5800

www.minedu.gob.pe

Todos los derechos reservados.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2024-03103

Presentación

Con mucha admiración y respeto por cada mujer que decidió compartir una parte de su historia de vida, esta compilación de relatos nos invita a conocer las experiencias y vivencias de mujeres reales, que han debido afrontar diversos retos y superar una serie de eventos en los que su tenacidad, pasión, resiliencia y deseos de superación fueron sus principales aliados.

Los invitamos a conocer cada relato e identificar en cada experiencia aquellas luchas y, sobre todo, victorias que van sumando al fortalecimiento del rol y participación de la mujer en la sociedad, en los hogares y en la gestión pública.

#mujeresliderando

Índice

▶ Una gorda en el Minedu	5	▶ Micaela tiene tres profesiones	51
<i>María Luisa Alanía Montoya</i>		<i>Yosselin Keli Ojeda Fierro</i>	
▶ Una mujer nomatsigenga en las trochas de la vida	8	▶ Cumple tus objetivos aunque parezcan difíciles	53
<i>Guissenia Liesbet Rodríguez Espíritu</i>		<i>Tania Cecilia Córdova Torres</i>	
▶ Un día a la vez... ..	11	▶ ¡Mi sueño, ser maestra!	56
<i>Silvia Alvarado Cerdán</i>		<i>María Elena Sosa Oliveros</i>	
▶ ¿Y si no somos nosotros, quién?	14	▶ La fortaleza y el amor de una mamá	59
<i>Ana Isabel Fiafilio Rodríguez</i>		<i>Hassel Yajayda Ortiz Huamán</i>	
▶ Mi relato viviente	17	▶ Un deseo llamado María Fe	61
<i>Carmen Yadira Sánchez Sánchez</i>		<i>Karla Franchessca Arévalo Guzmán</i>	
▶ Los sueños de Elenita	20	▶ No hay límites de tiempo que te impidan estudiar para seguir adelante	64
<i>Virginia Elena León Cadenillas</i>		<i>Nancy Reyes Ramos</i>	
▶ Con las fuerzas de mi alma voy volando rumbo al éxito	23	▶ Sueños forjados a pulso: de la austeridad al éxito	66
<i>Erika Katia Cari Mamani</i>		<i>Soledad Adela Canaza Espejo</i>	
▶ Fortaleza en la adversidad: servicio y esperanza	26	▶ Amor inquebrantable: promesas, pruebas y fe	69
<i>Evelyn Mabel Huarcaya Espino</i>		<i>Gladys Calero Uribe</i>	
▶ Vida de una mujer	29	▶ Mi fuerza soy yo	72
<i>Irina Mendoza Chapilliquen</i>		<i>Leidy Leonor Velásquez García</i>	
▶ Dibujando sonrisas	32	▶ Historia de vida	75
<i>María Cecilia Medrano Benites</i>		<i>Alicia Jovita Cisneros Quispe</i>	
▶ Un nuevo empezar	34	▶ Las más valiosas	78
<i>María Rosa Martens Delgado</i>		<i>Lisseth Margot Arratia Gavilán</i>	
▶ El "magis" de mi vida	37	▶ Mi primera chamba	81
<i>Lesly Isabel Ojeda Enciso</i>		<i>Fabiola Ruth Maguiña Lopez</i>	
▶ Peregrina del alma	39	▶ El costo de oportunidad por partida doble	84
<i>Elsa Maximina Sánchez Yarmas</i>		<i>Carmen Rosa Elías Rolando</i>	
▶ ¡Mujer! Siempre brilla con luz propia	42	▶ Niñas en las sombras	86
<i>Aurora Sashenka Guevara Ríos</i>		<i>Lucía Carolina Cielo González</i>	
▶ Relato de mi historia	44		
<i>Bertha Daría Galindo Salazar</i>			
▶ Todo por mis hijos	47		
<i>Andrea del Rosario Arévalo Castillo</i>			
▶ Trabajando para alcanzar mis sueños	49		
<i>Sayra Celeste Gálvez Armas</i>			



María Luisa
Alania Montoya



Docente de 37 años, se especializa en inglés-castellano y forma parte del Minedu desde el año 2011. Actualmente, pertenece a la Oficina de Defensa Nacional y de Gestión del Riesgo de Desastres.

#mujeresliderando

“Una gorda en el Minedu”

Hola, Micaela. Te saluda María Luisa, una servidora del Minedu que quisiera tener tu edad. “¿Por querer ser joven y libre de responsabilidades?”, te preguntarás. Pues la respuesta es no. Me gustaría volver a los 17 (como indica la canción de Violeta Parra) no para librarme de los deberes de la vida, sino para vivir en esta época donde la inclusión está dando frutos y todas las mujeres luchamos para aceptarnos y amarnos tal cual somos.

Cuando tenía tu edad, querida Micaela, los estándares de belleza eran muy distintos, estaban de moda los pantalones a la cadera y todas las adolescentes que admiraban a Britney Spears o Christina Aguilera querían encajar en un mundo de flacas, de niñas sin ningún gramo de grasa y con las cejas muy bien depiladas.

Para mí eso era muy doloroso, pues yo nací con contextura gruesa. Cada vez que iba a comprarme ropa, salía llorando. Ni siquiera se encontraba la talla L y, si se encontraba, era en ropa no muy atractiva. Y de esta manera pasó el tiempo, así fue durante la universidad y cuando enseñé en algunos colegios.

Hasta que llegué al Minedu... Se hablaba de la inclusión (yo pensaba que se trataba únicamente de estudiantes con discapacidad) y yo me sentía un poco fuera de órbita. Incontables son las dietas que hice y que, si bien algunas resultaron, mis ansias por comer y por cumplir con los objetivos “de buena presencia” me seguían haciendo una mujer insegura, poco sana física y mentalmente.

“Quiérete y, si encuentras algún defecto en ti, ríete de él, trata de corregirlo, pero también abrázalo”.

Tengo 12 años aquí en el Minedu, donde, a través de los testimonios y acciones de niñas, docentes como yo y trabajadores, aprendí a quererme tal como soy. Esto, obviamente, querida Micaela, fue gracias también a mis compañeras que me hacían sentir útil. Bueno, no está de más decir que siempre tuve presente el objetivo primordial de este ministerio.

Micaela, tienes 17, seguro que pronto estarás en la universidad. Te doy un consejo: quiérete y, si encuentras algún defecto en ti, ríete de él, trata de corregirlo, pero también abrázalo. Eres y somos lo que somos: mujeres que debemos querernos tal cual somos. Esa es la belleza, el amor propio que lleva a la simpatía de todos y, principalmente, de una misma.

**“Vive para ti,
para tu familia
y comunidad”.**

**“Elige ser linda
e inteligente,
estudia mucho y
lo demás vendrá
por sí solo”.**

Actualmente, sigo trabajando atendiendo a las comunidades educativas afectadas por fenómenos naturales o producidos por la acción humana. Y sí, sigo siendo gorda, una gorda que está en el Minedu y que es feliz porque sé que día tras día estoy conmigo, porque yo soy mi mejor amiga.

Micaela, te cuento que hace un mes he empezado a comer sano por un tema de salud, porque yo quise, y sé que, si me quiero, debo cuidarme para vivir más y mejor. A diferencia de antes, esta vez lo hice por mí y no para agradarles a todos ni depender del pensamiento de otros. Parece sencillo, pero no lo es, y te irás dando cuenta año tras año, poco a poco. Micaela, si se burlan de tu físico, no hagas caso, pues la gente que anda pendiente de los demás puede ser infeliz por eso. Vive para ti, para tu familia y comunidad. Las mujeres hemos sido engañadas, pues todas somos hermosas y cada una a su manera. Elige ser linda e inteligente, estudia mucho y lo demás vendrá por sí solo.

Guissenia Liesbet
Rodríguez Espíritu



#mujeresliderando

Docente nomatsigenga de 38 años, es difusora de su lengua originaria mediante la elaboración de materiales educativos y forma parte del Minedu desde el año 2023. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe.

“Una mujer nomatsigenga en las trochas de la vida”

Todas las mujeres que conozco tienen algo importante que compartir. Cada una es un ejemplo de lucha y esperanza.

Yo soy nomatsigenga y, de acuerdo a las antiguas costumbres de mi pueblo, toda mujer en la edad de su primera menstruación se convertía en casadera. Además, los matrimonios eran arreglados. Esta costumbre permitía hacer alianzas entre familias para fortalecer la unidad del pueblo, evitando conflictos. Pero con la llegada de la escuela, las mujeres de mi pueblo se rebelaron, porque muy pronto tenían hijos y no podían seguir estudiando. Una de ellas fue mi mamá, quien escogió sola a su futuro esposo. Por eso, cuando yo nací, mi abuelo estaba furioso. Apenas me vio, me despreció y le pidió a mi abuela que me sacaran de su vista. Entonces me llevaron a la casa de una tía abuela.

Mi madre siempre recuerda lo doloroso que fue para ella que me arrancaran de sus brazos. Es por eso que yo crecí rodeada de las sabias de mis abuelas que hablaban solo nomatsigenga. Aparte de mi abuelo furibundo, yo me sentía feliz y libre como un colibrí; pero la vida no tardó mucho tiempo en mostrarme su lado amargo. Cuando tenía seis años, mis padres me enviaron a la escuela del centro poblado, donde la mayoría de los niños hablaban solo castellano. Muy pronto, se dieron cuenta de que yo era diferente, entonces empezaron los insultos y burlas. “No sabe nada”, decían entre risas; “campa”, “nativa”, “atún”, “culebra”, entre otros apelativos de desprecio, me gritaban desde lejos. Desde entonces, mis padres estaban empeñados en que yo aprenda castellano, por eso solo me hablaban en ese idioma.

Para llegar a la escuela, tenía que caminar una hora y media. En los días de lluvia, protegía mis cuadernos con hojas de plátano. Un día de verano, cuando regresaba a mi casa, apareció, repentinamente, una gran cantidad de ganado que estaban trasladando de un pastizal a otro. Me asusté hasta los huesos, corrí sin dirección y trepé hasta la punta de un árbol temblando de miedo. Los caminos no siempre son seguros, eso lo aprendí desde pequeña.

“Todas las mujeres que conozco tienen algo importante que compartir. Cada una es un ejemplo de lucha y esperanza”.

Cuando estaba en tercer año de secundaria, un día que me dirigía al colegio, un auto se detuvo delante de mí y el conductor me pidió que subiera. Ante mi negativa, otra persona salió del auto y tomándome de la cintura me subió a la fuerza. A medida que avanzaba el carro, mi cuerpo temblaba de miedo. En la conmoción no atinaba a decir nada y en mi mente solo imaginaba cosas terribles. Cuando el carro se acercó a una casa, surgió mi voz como un alarido y grité con todas mis fuerzas, pero nadie me escuchó. Entonces decidí abrir la puerta del auto y salté. Rodé por la carretera, corrí hacia el monte sin parar y subí nuevamente a un árbol.

**“Cada mujer,
con su fortaleza y
su enorme tenacidad,
crea sus propios árboles
para subirse y abrazarse
a ellos, recargarse de
energía y seguir su
camino”.**

Con las rodillas y brazos
ensangrentados, llegué donde mi abuela.

Después mis padres me mostraron un nuevo camino, por eso
volví a las trochas. Caminé por bosques y chacras durante dos años.

Mis padres insistían en que yo siguiera estudiando. Ellos solo lograron ir a la escuela hasta primaria. A pesar de lo contrario que era la corriente para mí, logré terminar la secundaria, obteniendo el primer puesto del quinto año “B”. Yo quería aprender cualquier profesión, como también era el deseo de mis padres. Fue entonces cuando me mudé a la provincia para estudiar en un instituto la carrera de Administración de Empresas. Para poder solventar mis estudios, trabajé en un programa de alfabetización. A raíz de esta experiencia, me di cuenta de que me gustaba enseñar y por eso decidí estudiar Pedagogía. Esta profesión me ha permitido volver a mi comunidad y enseñar a los niños nomatsigenga.

Cuando llegó el momento, también me casé y tuve a mis pequeños hijos. Yo escogí a mi esposo, nadie me entregó en matrimonio forzado. Pero un trágico 19 de abril de 2022 mi vida dio, otra vez, un vuelco: el padre de mis hijos fue asesinado. Él era un dirigente defensor de nuestro territorio. El dolor me envolvió nuevamente con todas sus espinas y, esta vez, ya no había árboles para subir y dejar que lo malo se vaya. Caí en una profunda depresión. En mi duelo, comencé a tejer con mostacillas. A pesar del dolor, que aún es latente, mis manos crean flores de colores luminosos convertidas en collares y aretes que adornan los rostros de mis compañeras.

Sigo buscando justicia por el asesinato de mi esposo y, actualmente, estoy elaborando materiales de lectura en mi lengua originaria. Estoy de pie y espero seguir así por las trochas de la vida. Cada mujer, con su fortaleza y su enorme tenacidad para afrontar los vaivenes de la existencia, crea sus propios árboles para subirse y abrazarse a ellos, recargarse de energía y seguir su camino.

Silvia
Alvarado Cerdán



Docente de 51 años, se especializa en educación inicial y forma parte del Minedu desde el año 2018. Actualmente, pertenece al equipo del Consejo Nacional de Educación.



#mujeresliderando

“Un día a la vez...”

Soy madre y profesional, una mujer que ama la vida y a sus maravillosos hijos Ali y Sebas, que valora su trabajo y a sus compañeros del Consejo Nacional de Educación y del Minedu.

Mi historia es tan reciente y dura que, quizás, de no haberla vivido, no tendría nada que compartir en esta ocasión.

Todo comenzó el 21 de noviembre pasado cuando asistí a un chequeo preventivo organizado por el Minedu. El 19 de diciembre, al terminar una reunión de trabajo, recibí una llamada para agendar una cita y hacerme unos exámenes complementarios con prontitud, a los que acudí al día siguiente pensando que serían de rutina. Siento que, desde esa fecha, estos días han transcurrido velozmente, arrastrándome con ellos entre múltiples consultas médicas, ecografías, radiografías, biopsias y más, convirtiendo mi Navidad y Año Nuevo en momentos de profunda reflexión, pero también de temor y preocupación que viví sola, porque no quería entristecer a mis seres queridos ante una remota posibilidad.

Así esperé casi un mes para conocer el resultado y, durante esos días que coincidieron con mis vacaciones, decidí vivir sin preocuparme hasta que llegara el momento de enfrentarlo. Pensaba: “Si el resultado no es el mejor, ese día tomaré las decisiones que deba tomar”. Pero la vida suele someternos a pruebas en los momentos menos esperados...

El 2 de febrero recibí el diagnóstico de cáncer. Mientras escuchaba a la oncóloga, sentía cómo las lágrimas me quemaban la cara y en silencio iba enumerando todas las cosas que debía hacer, reordenándolas en mi mente y pidiendo tantito más de vida para seguir acompañando a mis hijos, que aún me necesitan, y para cumplir mis sueños importantes e inconclusos. Luego, todo parecía moverse en cámara lenta y de forma borrosa...

“Nuestros hijos y sus sonrisas se convierten en el motor que nos impulsa a levantarnos cada día”.

De pronto, recordé que a mi hijo adolescente debía decirle que tenía cáncer, que debía confesarle mi miedo, pero también asegurarle que, si pude superar tantas otras cosas en el pasado, también saldría adelante en esto, porque soy mujer, luchadora y fuerte. En ese momento, no solo tuve que afrontar la noticia recibida, sino también ayudar a mi hijo a procesarla armándome de valor, de ese que a veces ni siquiera sabemos que tenemos, pero que encontramos en lo más profundo de nuestro ser.

Ya en casa, mientras me duchaba, lloré a gritos. Era mi momento. Sentí que tenía el derecho de desmoronarme sin control. Al día siguiente, recogí mis pedazos y comencé a abordar cada punto de mi lista: trámites, seguros, más chequeos, psicólogo...

**“La vida se vive
paso a paso y
cada momento
es un pequeño
triunfo”.**

Hoy me he dado cuenta de que he soportado más exámenes de los que jamás me había hecho, con dolor, pero también con fe. Han sido momentos difíciles; mi espera, mi lucha y mi proceso no han sido lineales, he caído y me he levantado... Aún no sé cómo le daré la noticia a mi hija que está por llegar del extranjero. Solo sé que el amor todo lo puede. Tampoco sé qué vendrá después de mi cirugía y qué tratamiento me darán. Solo sé que a veces desconocemos nuestra propia fortaleza hasta que ser fuertes se convierte en la única opción que nos queda.

Mi historia, queridos colegas, no es solo mi cáncer, sino recordar que la vida nos enfrenta a desafíos. Pero siempre nos descubriremos capaces de superar lo impensable porque somos mujeres y también madres y profesionales, porque nuestro trabajo, nuestros compañeros, nuestros hijos y sus sonrisas se convierten en el motor que nos impulsa a levantarnos cada día.

En menos de un mes, mi historia me ayudó a redescubrir la vida, a apreciar y valorar mi entorno más cercano, familiar, laboral y amical. Mis jefes, colegas y amigos me sostienen con sus muestras de afecto y mensajes de ánimo que recibo cada día; me alientan a continuar luchando, sabiendo que, a pesar del dolor y el miedo, la vida se vive paso a paso y cada momento es un pequeño triunfo. ¡Qué importante es tener un entorno laboral positivo y sano!

Recuerda que lo único seguro en esta vida es la incertidumbre y que todo pasa. Vive un día a la vez y disfruta hoy todo lo que puedas. La familia y los amigos siempre nos regalarán pequeños destellos de felicidad, porque de eso está hecha la vida.

Quizás esta no sea una historia inspiradora, pero deseo que tenga un final feliz.



Ana Isabel
Fiafilio Rodríguez



Economista de 32 años, se especializa en inversión y gestión pública, y forma parte del Minedu desde el año 2019. Actualmente, pertenece al equipo de la Unidad de Programación e Inversiones.

#mujeresliderando

“¿Y si no somos nosotros, quién?”

La vida me ha enseñado que para lograr cambios significativos, es necesario estar motivados y ser un buen líder, no solo mostrando dedicación a lo que uno hace en lo personal o profesional, sino generando pasión en el servicio a los demás. Y eso es lo que la vida me da, experiencias, oportunidades y errores que me permiten mejorar día a día.

Nací en la década de los 90, en la ciudad de Huaral, al norte de Lima, donde viví toda mi infancia. Con el apoyo de mi madre, pude lograr ir a la universidad. A pesar de no haber vivido con ella, porque se fue a trabajar fuera del país, me dio desde pequeña sus mejores esfuerzos, que valoro mucho. Además, recuerdo el gran apoyo de mis abuelitos y tíos, así como de mis profesores en la primaria y secundaria, quienes fueron una guía a lo largo de mi vida.

Cada etapa que fui atravesando resulta muy significativa para mí: en la secundaria, siendo aplicada en los cursos del colegio; en la universidad, conociendo nuevas personas e ingresando a la casa superior de estudios más competitiva del Perú, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En ese tiempo, obtuve nuevas experiencias, pues el primer año fue una época en la que viajaba todos los días en bus interprovincial, lo que creo que logran hacer muchos jóvenes con deseos de superación, porque quieren seguir cumpliendo sus sueños.

A lo largo de todas estas experiencias, me comprometí a hacer algo por mi comunidad. Me sentía identificada con los jóvenes que querían estudiar, aunque tenían menos recursos económicos, por lo que muchas veces debían salir a trabajar con sus padres.

Esto me recuerda que, en el año 2015, formé parte de un programa de jóvenes líderes organizado por el PNUD y algunas universidades del Perú. Allí conocí a un grupo de profesionales jóvenes con quienes hicimos un proyecto social llamado “Cultivando emprendedores en San Miguel de Arcángel”, en la sierra de Huaral. Agradezco a la vida porque me fue posible llevar a cabo este proyecto, con el cual me sentí ilusionada y motivada a seguir aportando a mi sociedad.

“Para lograr cambios significativos, es necesario estar motivados y ser un buen líder”.

Y sobre el campo profesional, con mi carrera de Economía, la cual estudié, tuve la oportunidad de aproximarme al trabajo en temas sociales, incluso conocer más acerca del sector público, lo que considero que me cambió la vida porque pude conocer gente que trabaja por la población.

A la vez que mi carrera profesional en este sector, quise seguir contribuyendo con la comunidad; por ello, siempre tuve esa motivación de participar en voluntariados, sabiendo lo importante que es tener esa conexión con la gente.

“Quiero seguir inspirando a los jóvenes, porque todos tenemos una historia que contar”.

También reconozco lo agradecida que estoy con la vida porque, paralelamente, obtuve becas para cursos cortos y seminarios, todo para poder formarme en desarrollo social y gobierno. Además, pude estar en espacios como joven líder y viajar a Argentina, Chile, Colombia y República Dominicana, en cuyas ciudades conocí a gente extraordinaria de toda Latinoamérica con quienes hasta ahora trabajamos en equipo y en diferentes iniciativas. Con ello aprendí que, entre todas las cosas que haces, dejas huellas, vives experiencias, ganas mentores y la oportunidad de conocer personas que admiras. Fue genial.

Así como adquieres conocimientos y experiencia, también tienes que compartirlos con quienes puedan necesitarlos y quieran aprender. Por eso, gracias a todas esas conexiones, pude participar en conferencias y charlas en el ámbito nacional e internacional sobre temas relacionados con los objetivos de desarrollo sostenible y empoderamiento a las juventudes.

Ver todo mi trabajo y esfuerzo reflejado en un premio fue un reconocimiento muy bonito e importante y un compromiso con la sociedad, ya que gané los famosos Premios Napolitanos 2021, en la categoría de jóvenes líderes. Esto para mí fue el cierre de una etapa muy significativa. Solo me demostré a mí misma que tenemos una razón para estar aquí, para inspirarme y seguir inspirando a las futuras generaciones. Luego, también pude ganar los premios en los años 2022 y 2023, en la categoría de Rising Star o profesionales en crecimiento.

Creo que todo lo que uno hace se construye con los años y que no todo es fácil; pero también todo depende de uno para seguir logrando sus sueños, y así estoy logrando los míos. Creo que sigo aprendiendo, que me sigo retando y encontrando nuevas oportunidades, siendo buena persona y profesional en lo que hago.

¿Y ahora qué? Quiero seguir inspirando a los jóvenes, porque todos tenemos una historia que contar. Además, quiero decirles que lo más importante es que, a pesar de las circunstancias, debemos ser resilientes, pensando que cada acción está repercutiendo en otra persona.

**Carmen Yadira
Sánchez Sánchez**



#mujeresliderando

Trabajadora social de 68 años, se especializa en bienestar social y forma parte del Minedu desde el año 1980. Actualmente, pertenece al equipo de la Oficina de Bienestar Social y Relaciones Laborales.

“ Mi relato viviente ”

Estudié Servicio Social en la Universidad San Martín, como producto de mi inclinación hacia el servicio y la asistencia a las personas, de lo cual me di cuenta desde el colegio y pude definir cuando nos dieron una charla de orientación vocacional.

Ya siendo bachiller, tuve la intención de asimilarme a la Policía, para ampliar mis posibilidades de intervención y siguiendo quizás mi línea de tradición familiar, pues mi padre perteneció a la Marina de Guerra del Perú. Lamentablemente, no logré concretar este deseo, pero continué mi línea de formación profesional inicial.

A los 22 años empecé a trabajar como asistente de vestuarios para el Instituto Nacional de Teleducación (INTE); no obstante, mi labor en la práctica fue la de asistente social, siendo la primera con la que contó este instituto, el cual se dedicaba a la producción de programas educativos de televisión y radio de los que guardo lindos recuerdos. Uno de los programas que más éxito tuvo fue el denominado “Los héroes de la Guerra del Pacífico”, que de manera lúdica y teatral impartía historia y conocimientos a los niños.

Estuve como contratada por cerca de un año y medio, luego de lo cual fui nombrada como secretaria; en suma, permanecí en dicha institución por 8 años.

De modo paralelo al INTE, trabajaba en el primer juzgado de menores de Lima, realizando peritajes sociales por diversos pedidos, donde los que más me sensibilizaban eran los relacionados con patria potestad y régimen de visitas. Mi labor consistía en el desarrollo de visitas domiciliarias y elaboración de informes, en los que con mi juventud buscaba plasmar la dinámica familiar y condiciones de vida de los niños en sus hogares. Con el tiempo, fui siendo más consciente de que muchas veces ello solo era la realidad de ese momento o “para la visita”, lo que fue reafirmando el valor de mi rol y la necesidad de seguir preparándome.

Posteriormente, ingresé a trabajar como asistente social al Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación (INIDE); luego, en 1992, pasé a formar parte de la Oficina de Personal del Ministerio de Educación (Minedu). En todo este tiempo, una de las labores que más me gratifican es la atención de los casos sociales. Entre ellos, el que más destaco es quizás el de la atención a los niños huérfanos de las víctimas del incendio del Centro Comercial Mesa Redonda, ocurrido en el año 2000. Esta labor tuvo diversos matices y etapas, muchas de ellas de alta demanda física y emocional, en la que se buscaba contribuir al bienestar de 153 niños y niñas que habían perdido, en algunos casos, a ambos padres.

“El trabajo es un compromiso y una vocación que me han acompañado siempre”.

A pesar de ello, nuestra intervención fue muy gratificante por las muestras de afecto de los niños y las familias, así como por hacerles vivir lindas experiencias en las que, a veces, en la inocencia propia de los niños, nos decían sentirse en un sueño por cosas aparentemente tan simples como tener las tres comidas diarias o visitar un parque de diversiones.

De modo paralelo, en mi vida personal también me desarrollé y afronté diversos retos. Me casé en el año 1989, habiendo conocido a mi esposo en el propio ministerio. Nuestro primer hijo llegó con mucha ilusión, pero nos tocaría afrontar un camino duro como pareja y como madre, pues mi pequeño Paul nació con un mal congénito (cardiopatía congénita).

Debido a esta situación, durante 2 años 8 meses tuvimos que velar por su bienestar, buscando mejorar sus condiciones de salud. Las visitas a los médicos, hospitales y otros centros de apoyo fueron constantes en búsqueda de una operación fuera del país que, con diversos esfuerzos y tocando todas las puertas, esperábamos lograr por la vida de mi hijo.

“Mis nietas me llenan de motivación, energía y ganas de seguir junto a ellas también dándoles mi apoyo”.

Esta atención de su salud también implicó otros esfuerzos, como viajar de modo interdiario desde Ventanilla a San Martín de Porres para poder recoger la leche materna que mi niño necesitaba y que mi compañera Bertha Galindo, con mucha voluntad, decidió compartir entre su bebe y el mío. Por la complicación del parto, conocí a mi hijo recién al séptimo día y ello no permitió que lograra producir la leche materna que él necesitaba. Esto duró casi cinco meses, en los que cada viaje valió la pena.

A pesar de los esfuerzos y sacrificios, la voluntad de Dios tenía prevista la partida de mi hijo el 17 de agosto del año 1992, justamente durante un procedimiento médico que formaba parte de lo que se requería para poder concretar su viaje y operación fuera del país.

Con el tiempo, acepté la partida y llegaron mis dos hijas, Rocío y Alicia, quienes se convirtieron en mi motivación para seguir adelante como madre, pero siempre trabajando para darles bienestar y educación junto con mi esposo. En todo este proceso, el apoyo de mis padres y familiares directos fue muy importante de diversas maneras: me ayudaron a cuidar de mis hijas, me permitieron salir a trabajar con tranquilidad y en ocasiones me apoyaron también económicamente. Son acciones que sin duda valoro y reconozco cada día.

Recuerdo mucho que un año nos quitaron un incentivo a los nombrados, lo que afectó nuestra economía familiar. Entonces me vi en la necesidad de buscar trabajos adicionales y por ello empecé ayudando a mi cuñada en la venta de salchipapas por las noches, con ingresos que, si bien eran pocos, me permitían a diario volver a darles fruta a mis hijas y cubrir algunos gastos menores. Esto duró cerca de 2 años, en los que mis ganas de salir adelante, educar y darles bienestar a mis hijas fueron mis motivaciones para asumir dos labores. Luego, una cuñada me vendió a diez dólares una fuente de chocolate, con la que emprendí un negocio de alquiler para eventos y celebraciones en el barrio, de modo que poco a poco llegué a tener cinco fuentes.

Es así que hoy, a mis 68 años de edad y cerca de 44 años en el Minedu, veo que el trabajo es un compromiso y una vocación que me han acompañado siempre, con retos y circunstancias que he tenido que superar para salir adelante como mujer, profesional y madre. Hoy mis dos hijas ya son profesionales, Rocío es administradora y Alicia es diseñadora gráfica. Además, hoy soy abuela de dos preciosas nietas (Fernanda y Mía) que me llenan de motivación, energía y ganas de seguir junto a ellas también dándoles mi apoyo.

Virginia Elena
León Cadenillas



Administradora y docente de 63 años, es madre de dos hijas y forma parte del Minedu desde el año 2015. Actualmente, pertenece al equipo de la Oficina de Bienestar Social y Relaciones Laborales.



#mujeresliderando

“ Los sueños de Elenita ”

A finales de los años treinta del siglo pasado, nació nuestra protagonista en un barrio bajo pontino cercano a nuestro conocido Río Habrador. Su padre era un próspero transportista y propietario de varias carretas con sus respectivas acémilas. En esa época, se trasladaban así las mercaderías del puerto del Callao a los negocios ubicados en el centro de Lima.

La casa familiar se estableció desde hacía poco tiempo en un lote recién adquirido del conocido fundo de Lince, ahora hacienda Risso, con el compromiso de pagar mensualidades durante un poco más de diez años.

Elenita era la penúltima hija de siete hermanos. Tenía apenas tres años cuando una tragedia sacudió los cimientos de su familia: en menos de una semana, fallecieron su hermana mayor de apenas quince años y su papá de alrededor de cuarenta años.

Su madre, doña Daniela, que se desempeñaba como ama de casa y costurera, se impuso dos grandes retos: salvar a toda costa su vivienda y darle educación primaria a cada uno de sus hijos e hijas.

Pero al no conocer el negocio, aparecieron acreedores y deudas. No tuvo más remedio que vender todo lo que había en casa. Primero, animales. Luego, carretas y herramientas. Hasta que no quedó absolutamente nada.

Doña Daniela trabajaba desde los primeros albores del día hasta bien entrada la noche. Brindaba diversos servicios a terceros, familiares y amistades. Cosía y arreglaba prendas de vestir. También lavaba ropa y cocinaba para diversas reuniones. La consigna en casa era no pedir ayuda a nadie. Los hijos mayores atendían y ayudaban a los menores. Hasta la pequeña Elenita se hacía cargo de su hermano de un añito. La comida era lo único que nunca les faltó, ya que mamá Daniela, antes de salir a trabajar, dejaba humeantes fuentes de frejoles o lentejas y pescado frito, bonito principalmente. Y como criaban varias gallinas cariocas, los huevos estuvieron presentes en el menú diario.

Los hijos que terminaban su educación primaria empezaban a trabajar para ayudar a la economía del hogar, sobre todo, para cumplir con el pago del terreno y no perder su vivienda.

Llegó el turno de Elenita, quien concluyó sus estudios de primaria con muy buenas calificaciones. Reconocida como una estudiante sobresaliente, marchó con la “Banda de oro” por las calles de su barrio y consiguió muchos premios. Entre ellos, ganó una media beca para estudiar secundaria en un prestigioso colegio; pero era imposible solventar ese pago. Y con ella, ahora ya adolescente, quedó guardado ese sueño de ostentar algún día en su libreta electoral: “estudios: secundaria completa”.

“No hay nada más hermoso que reconocer y celebrar los méritos de una persona”.

Los retos asumidos hace diecisiete años por doña Daniela, con su ahínco y perseverancia, se habían ido cumpliendo. Ahora, respecto al último de sus hijos, había un nuevo sueño en esta familia: todos querían ver al pequeño Manolito concluyendo los estudios secundarios. Ella no pudo verlo cuando llegó ese día, ya que una enfermedad muy grave la hizo partir a mediados de ese mismo año.

Elenita acompañó y atendió a su mamita a lo largo de toda la enfermedad. Ahora, ella ya era una mujer de veintiún años y a fines de año se casaría, asumiendo, por tanto, nuevas responsabilidades.

“Sigue perseverando y luchando por tus sueños”.

Aquel sueño de estudiar la secundaria debía seguir guardado en el fondo de su corazón. “Algún día, llegará el momento adecuado y tendré esa oportunidad”, pensaba con nostalgia.

De repente, pasaron volando dos décadas. Con muchas dificultades y esfuerzo, tenía una nueva casa y su propia familia, cinco hijos en total, a quienes desde el principio inculcó la responsabilidad en los estudios, el amor a la lectura y los valores. Elenita siempre fue una ama de casa responsable y siempre tuvo mucho interés en apoyar a sus hijos en las tareas escolares, pero cada vez aparecían materias nuevas. Por eso, se puso profesoras particulares e, incluso, tomó clases de inglés. Para su alegría, sus dos hijos mayores acabaron los estudios secundarios en 1969.

Por las tardes, con unas amigas del barrio, estudiaba manualidades. Y a una de sus maestras le comentó su preocupación: “Mi hija empezará secundaria este año, pero hay varias materias nuevas y creo que no podré apoyarla”. Ella le preguntó: “Elenita, ¿no quisieras estudiar secundaria en el turno vespertino? Soy profesora en el Colegio República de Chile. Solamente necesitas tu certificado de estudios de primaria y tu libreta electoral. Yo me comprometo a conseguir la vacante y la matrícula”.

Comentó la propuesta en casa, pero los adultos se burlaron. Su esposo, sus hermanos y familiares le dijeron: “Pero para qué te va a servir estudiar a estas alturas”. Y ella respondió con energía: “Siempre he soñado y querido que en mi libreta electoral diga secundaria completa. He cumplido como hija, como esposa y como madre, creo que ya es hora de hacer algo por mí y para mí”.

Su hijo mayor buscó en los archivos del Ministerio de Educación y consiguió el respectivo certificado de estudios. “Mamá, tiene unas notazas”, comentó.

Elenita inició la secundaria en 1972, al igual que su tercera hija. Concluyó en 1977, al igual que su cuarto hijo. Consiguió su certificado de estudios de secundaria completa e inmediatamente cambió el dato en su libreta electoral. Sus ojos tenían el resplandor de esa niña adolescente.

Siguió estudiando tres años más en el turno vespertino y consiguió un título de profesora técnica de Corte y Confección.

No hay nada más hermoso que reconocer y celebrar los méritos de una persona que, más allá de paralizarse o detenerse por los infortunios de la vida, sigue perseverando y luchando por sus sueños.



Erika Katia
Cari Mamani

Psicóloga de 32 años, se especializa en psicología educativa y forma parte del Minedu desde el año 2022. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Básica para Estudiantes con Desempeño Sobresaliente y Alto Rendimiento.

#mujeresliderando

“Con las fuerzas de mi alma voy volando rumbo al éxito”

Soy Erika Cari Mamani, una destacada psicóloga educativa con una pasión por ayudar a los estudiantes a alcanzar su máximo potencial académico y emocional. Nacida y criada en Juliaca, Puno, Perú, siempre tuve una curiosidad innata por entender cómo las experiencias de vida y el entorno influyen en el desarrollo de los niños y adolescentes. Después de completar mi licenciatura en Psicología en la Universidad Peruana Unión de mi ciudad natal, decidí dedicarme a la psicología educativa para combinar mi interés en el desarrollo humano con mi deseo de impactar positivamente en el sistema educativo. Obtuve una maestría en Psicología Educativa en una universidad reconocida a nivel nacional, donde me especialicé en intervenciones para estudiantes con dificultades de aprendizaje y necesidades especiales.

Con una sólida formación académica en psicología y un profundo compromiso y vocación de servicio con el bienestar de mis estudiantes, comencé mi carrera como psicóloga educativa en la IES de Taraco, un colegio rural que pertenece a la región Puno. Allí trabajé estrechamente con maestros, padres y administrativos para desarrollar e implementar programas de apoyo emocional, logrando realizar alianzas estratégicas con otras organizaciones para abordar problemas complejos y, de esta manera, desarrollar nuevas iniciativas. En este caso, fueron intervenciones conductuales y estrategias de enseñanza adaptadas a las necesidades individuales de cada estudiante. Viendo esta realidad, logré adaptar mi formación a las necesidades y experiencias de los estudiantes y padres, puesto que para ellos era nuevo contar con una psicóloga en un colegio rural.

Ello implicaba adaptarme a las barreras que enfrentan día a día los adolescentes de los colegios de zonas rurales, como la falta de recursos, la distancia a las escuelas y las condiciones de vida precarias.

“Logré adaptar mi formación a las necesidades y experiencias de los estudiantes y padres”.

Por eso trabajé el proyecto RISOCLAUN, dirigido a estudiantes con bajos recursos económicos, donde personalmente yo realizaba las visitas domiciliarias, en las que debía caminar kilómetros y kilómetros para llegar a los hogares de mis estudiantes y brindarles productos no perecibles, además de realizar prácticas terapéuticas con el teatro de la risa, donde les daba este taller de manera estructurada para mejorar el bienestar emocional, físico y mental de los participantes, dada la realidad de la pobreza y otras adversidades a las que se enfrenta este distrito de Taraco, que es zona rural.

Mi papel importante fue brindar apoyo socioemocional y fomentar la resiliencia en mis estudiantes y sus familias, que incluía el desarrollo de habilidades para afrontar el estrés, la resolución de conflictos y el fomento de la autoestima, además de prevenir la violencia y deserción escolar, puesto que varios estudiantes de la zona, por diversos motivos, dejaban de estudiar.

**“Creo firmemente
en el poder
transformador de
la educación y eso
me anima a luchar
por mi país”.**

No fue nada sencillo realizar este arduo trabajo; sin embargo, con esto estaba garantizando el acceso a una educación de calidad y contribuyendo al desarrollo integral de esos adolescentes que viven en estas comunidades. Realmente, se requiere de sensibilidad cultural y un fuerte compromiso con el bienestar y el éxito académico de los estudiantes, donde creo considerar que sí lo tuve. Puedo decir que amo lo que hago, porque, desde entonces, siempre en cada trabajo experimento una profunda satisfacción personal que proviene del sentido de logro y realización que obtengo al desempeñarme como psicóloga educativa.

Después de varios años de experiencia en el campo, decidí expandir mis conocimientos aquí, dentro del Ministerio de Educación, en el COAR Puno, además de brindar acompañamiento a mis estudiantes en el ámbito educativo. Fuera de mi trabajo profesional, tengo un consultorio privado donde mi objetivo principal son los niños y adolescentes; también me he involucrado en diversas iniciativas comunitarias para apoyar a niños y familias de bajos recursos. Por ello, creo firmemente en el poder transformador de la educación y eso me anima a luchar por mi país e inspirar a otros a seguir este ejemplo en el campo de la psicopedagogía.

Evelyn Mabel
Huarcaya Espino

Docente de 42 años, se especializa en lengua y literatura, y forma parte del Minedu desde el año 2023. Actualmente, pertenece a la Dirección General de Educación Básica Regular.



#mujeresliderando

“Fortaleza en la adversidad: servicio y esperanza”

En medio del caos y la incertidumbre desatados por la pandemia del COVID-19, ves una ocasión para servir a los demás y decides convertir la adversidad en una oportunidad.

Todo inicia viendo *reels* en Facebook. Entre la canción *Resistiré* y los numerosos mensajes de apoyo, encuentras el video de Norma Martínez acerca de la lista de cosas geniales para compartir... Te enganchas con la historia, te interpelas y decides pensar en tu lista de acciones geniales: realizaste un proyecto de autoestima para presidiarias; desarrollaste varios programas vacacionales para niños, niñas, adolescentes trabajadores; acompañaste a mujeres víctimas de violencia; ¿y con tu familia?... visitaste a tus abuelos; llevaste a escondidas a tu abuela a la playa... Suspiras... vuelves a suspirar...

De pronto, la voz de Norma resuena y menciona: “Te propongo que hagas una lista de cosas geniales, llévala contigo, hazla crecer y recuerda que aún en esta situación podemos disfrutar”. Vuelves la vista a tu celular y ahí ves el enlace “¡Súmate a Voluntarios del Bicentenario!”. Completas un formulario, escribes una breve biografía y, días después, encuentras un correo informando que te han seleccionado como “Líder en Voluntarios del Bicentenario”. No dudas en inscribirte, pues la misión es clara: acompañar a los voluntarios que realizan llamadas telefónicas a adultos mayores y acompañar a adultos mayores como parte de una red de soporte telefónico.

Los adultos mayores son una población especialmente vulnerable en la crisis sanitaria. Tu tarea es crucial: no solo se trata de verificar su situación de salud física, sino también de brindarles un apoyo emocional y afectivo en momentos de soledad y angustia.

“No importa cuán complicada es la situación, siempre encuentras palabras adecuadas para transmitir calma, esperanza y solidaridad”.

Desde el primer día, te sumerges de lleno en tu labor como “Líder voluntario”. Coordinas equipos, capacitas a nuevos voluntarios y te aseguras de que cada llamada sea un rayo de luz en la vida de quienes la reciben. No importa cuán complicada es la situación, siempre encuentras palabras adecuadas para transmitir calma, esperanza y solidaridad.

A lo largo de los días, eres testigo de innumerables historias de resiliencia y fortaleza. Conoces a personas mayores que, a pesar de la adversidad, mantienen una actitud positiva y una determinación inquebrantable. También escuchas relatos desgarradores de soledad y abandono, pero siempre encuentras la manera de ofrecer consuelo y orientación.

“Tu compromiso con tu comunidad y tu pasión por ayudar a los demás continúan siendo tu guía en la vida”.

El trabajo no se limita solo a las llamadas telefónicas, también involucras activamente a tu comunidad, pues organizas campañas de ayuda y distribución de alimentos para aquellos que más lo necesitan. Tu compromiso y dedicación inspiran a otros a unirse a la causa, creando una red de solidaridad que trasciende las fronteras físicas y sociales, como se puede ver en el siguiente video:

<https://www.youtube.com/watch?v=YPeem-XjEek&t=33s>

A medida que la pandemia avanza y la situación parece cada vez más desafiante, no pierdes la esperanza ni la determinación. Sabes que, incluso en los momentos más oscuros, el poder del servicio y la empatía puede iluminar el camino hacia un futuro mejor.

Hoy, mirando hacia atrás en tu experiencia como “Líder voluntario del Bicentenario”, te sientes profundamente agradecida. A través del servicio a los demás, descubriste el verdadero significado de la resiliencia. Y aunque la pandemia haya cesado en la intensidad de sus olas, tu compromiso con tu comunidad y tu pasión por ayudar a los demás continúan siendo tu guía en la vida.



**Irina
Mendoza Chapilliquen**

Docente de 47 años, se especializa en matemática y forma parte del Minedu desde el año 2017. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Básica para Estudiantes con Desempeño Sobresaliente y Alto Rendimiento.

#mujeresliderando

“ Vida de una mujer ”

Soy Irina Mendoza Chapilliquen, una mujer alegre, optimista, perseverante, creativa e innovadora; una docente que utiliza la investigación y las herramientas tecnológicas para la mejora continua del proceso educativo. Disfruto de la creación de la naturaleza, valoro el arte en todas sus expresiones y considero que la gratitud es un valor primordial en el ser humano.

Es necesario saber que la vinculación de las personas con otras o consigo mismas visualiza la idea de familia. Una visión retrospectiva me permite ver el crecimiento de los integrantes de la mía. Considero importantes los referentes que, en el caso de mi familia, son mi madre, mis abuelas, mi padre. En el camino, te encuentras con diversas situaciones; es aquí donde Dios, con diferentes rostros y nombres, decide ayudar colocando a personas y, por ende, a familias en nuestras vidas. Aquí la gratitud es básica y la convivencia inevitable.

No soy mamá, pero leer sobre la maternidad de Micaela Bastidas me hizo recordar la historia de mi madre, quien también perdió a un hijo maravilloso. Claro, las circunstancias son diferentes, pero creo que ese dolor suena con la misma intensidad en ellas y en todas las madres que se encuentran dentro de la estadística. Dora, mi madre, es el amor más puro que Dios me regaló; mi referente de mujer luchadora, optimista, alegre, humilde; la que dio tres veces un sí generoso, con ese amor que solo una madre tiene el privilegio. Me tocó acompañarla en su mayor batalla, que logró vencer a pesar de su edad; pero el encierro de una pandemia fue más agobiante y me mostró el dolor más grande que un ser humano puede sentir.

Mi prima Nancy es madre superiora y directora de un colegio. Fue ella quien me invitó a trabajar en Chimbote, lugar donde conocería a José, un hombre inteligente, solidario, apasionado en lo que hace y el compañero que me enseñaría a valorar las cosas simples de la vida, así como a disfrutar la naturaleza de las mismas en todo su esplendor. Es así como asumí el rol de esposa y consejera, que desde la época de la emancipación Micaela Bastidas lo tenía claro.

Mi hermano Oswaldo, un emprendedor y perseverante pequeño empresario que compartía su sueño con algunos jóvenes y los ayudaba a estar dentro de la PEA, nos hizo los tres más valiosos regalos con el nombre de Thiago, Liam y Evans. Tres niños, cuya inocencia y alegría son mi mayor motivación y la más valiosa enseñanza.

“Mi madre es el amor más puro que Dios me regaló; mi referente de mujer luchadora, optimista, alegre y humilde”.

El ser humano y en especial los jóvenes buscan la felicidad, que creo depende del sentido que les damos a nuestras vidas; pero cuando ese sentido no es claro, ayuda mucho expresarlo por medio del arte, ya sea a través de la música, la pintura, la danza, el teatro. Al respecto, tuve la experiencia de escribir algunas publicaciones cortas en una sección de un diario local, donde pude expresar sentimientos y emociones; espero haber sido la voz de muchas otras personas.

Considero que el joven debe explotar sus habilidades para generar ingresos económicos; de esta manera, sabrá apreciar su valor y mucho más si la necesidad aporta creatividad. Hago mía la anterior afirmación, porque el dictar clases particulares durante mis estudios superiores me hizo sentir muy optimista. El joven necesita saber que su ayuda es valiosa.

Con la pasión que un día puso Micaela Bastidas cuando ayudó a la rebelión, decidí dictar clases *ad honorem* en un Hogar, una experiencia significativa que me permitió servir a niños y ancianos.

La Escuela Superior de Música Pública JMVR me regaló la oportunidad de aprender, conocer y disfrutar de la música resumiéndola en un corto módulo denominado “Matematizando contenido musical”. En la IEP Santa Rosa de Lima en Chimbote, aprendí la excelente organización que tiene la congregación que la administra. La IE Montessori me enseñó el método que lleva su nombre, y el asistir a la Asamblea Mundial de Guías Montessori me permitió conocer lugares, culturas y formas de trabajo en el aula. Actualmente en los COAR, el asesoramiento de trabajos de investigación a lo largo de estos años me ha permitido entender el verdadero sentido de aplicar matemática en un contexto real.

“Todos los seres humanos en algún momento de nuestras vidas hacemos cosas maravillosas”.

Trabajar en diversas regiones del país nos permite respetar y valorar nuestra diversidad cultural, pues nadie ama lo que no conoce. Desde mi labor, incentivo a los estudiantes a regalarle la oportunidad de trabajar en diferentes lugares; ello enseña a ser responsables de su espacio y a entender que las delimitaciones territoriales están solo ahí, mas no en su mente; además, ayudaría a disminuir el índice de discriminación. Con el pasar de los años, tuve claro lo anteriormente expuesto, que me permitió cruzar fronteras y océanos. Al contar la experiencia, recalco que mi mayor barrera fue la comunicación; desde ahí insisto a los jóvenes que deben aprender otro idioma como parte de su proyecto de vida.

Todos los seres humanos en algún momento de nuestras vidas hacemos cosas maravillosas, muchas de ellas tienen sello y firma de una mujer; la historia lo confirma con el nombre de Micaela Bastidas.

**María Cecilia
Medrano Benites**

Dibujante técnica y secretaria de 69 años, presenta deficiencia auditiva y forma parte del Minedu desde el año 1977. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Básica Especial.



#mujeresliderando

“Dibujando sonrisas”

Nací en Trujillo el 18 de mayo de 1954. Mi profesión es dibujante técnica y secretaria. Soy soltera y tengo cuatro hermanos: Fidel, Aída, Juanita y Eduardo. Trabajo en la Dirección de Educación Básica Especial (DEBE).

A los dos meses de nacida, me dio bronconeumonía en los dos pulmones. Para salvar mi vida, me dieron una dosificación de antibióticos muy fuertes, ya que, según la doctora, estaba desahuciada. Y a Dios gracias logré sobrevivir; sin embargo, perdí la audición.

En mi niñez fui muy traviesa y de temperamento alegre; solía jugar con mis amigos del barrio con triciclo, patines y bicicleta. Nadie parecía darse cuenta de que no escuchaba; hasta que, dada mi hiperactividad, mi madre consultó con una conocida doctora psicóloga, quien me envió al Centro Peruano de Audición y Lenguaje (CEPAL).

Allí empezó mi educación especial para conectarme con el mundo de los “oyentes”. Entonces mi madre se convirtió en una verdadera maestra para mí. No había libros y los cuadernos eran a base de figuras y recortes o, la mayoría de las veces, con infinitud de dibujos. Mi madre usaba la fonética para sacarme la voz; en ese tiempo, estaban prohibidas las señas de cualquier tipo y teníamos que aprender la lectura labial.

Fue una ardua tarea durante años, hasta estar lista para pasar a un colegio de oyentes. Cosa difícil, pues el tipo de sordera que tengo es hipoacusia, o sea, tengo restos auditivos y debo usar audífono; puedo escuchar algo, pero no logro entender si las personas están lejos. El problema de siempre para un sordo es tratar de ENTENDER lo que se ha dicho y esto me crea siempre una angustia.

Mas, para mí, cada día es un reto. Siempre sé que tengo que luchar contra mi deficiencia auditiva y sé que Dios me ayuda en todo momento. AGRADEZCO desde el fondo de mi corazón a todas aquellas personas que me tienen tantísima paciencia y que me aceptan como soy, SORDA; además, he tenido mucha disciplina y responsabilidad.

Mis padres me apoyaron para estudiar Dibujo y Artes. Luego, estudié Dibujo Publicitario y Diseño Gráfico en Joe De León otros tres años. También realicé cursos de computación: Word, Excel y Power Point.

“La fuerza y la alegría me acompañan en la vida”.

Fui a visitar al CEPAL y me encontré con mi profesor de ritmo Antonio Guimoye, quien me recomendó para postular a una plaza de dibujante técnico.

Fue así como, hace ya muchos años atrás, entré a trabajar al Ministerio de Educación, donde actualmente he cumplido 50 años de servicio.

Quiero manifestar varias cosas muy importantes para mí: la fuerza y la alegría me acompañan en la vida, me gusta mi trabajo, quiero mucho a todos mis compañeros y a todos los trabajadores del Ministerio, me gusta verlos felices. Agradezco mucho a Dios por todo lo que hace y hará siempre por todos y por mí.



María Rosa
Martens Delgado

Docente de 41 años, se especializa en primaria, en la modalidad de ceguera y baja visión, y forma parte del Minedu desde el año 2017. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Básica Especial.

#mujeresliderando

“Un nuevo empezar”

A veces, las mujeres creemos que no podemos o no tenemos la fuerza interna para hacerlo; pero tenemos más fuerza de la que podemos imaginar.

Este ensayo debe demostrar lucha y motivación. Creo que mi historia tiene de ambas, por lo que puede ayudar a otras mujeres a volver a pisar firme y saber que las cosas que nos pasan no son por casualidad, sino porque Dios todo lo dispone¹.

Hace 15 años me consideraba una mujer lograda, pues tenía estabilidad económica y buena posición laboral en una entidad privada, me sentía bien conmigo misma y podía mantener a mis padres sin ninguna dificultad².

Sin embargo, todo cambió cuando conocí al padre de mi hija. Como toda mujer ilusionada, me enamoré y creí en la vida que me prometía: una familia, un hogar, un amor verdadero, una vejez con compañía.

Quedé embarazada y empezaron las carencias, vivía la ilusión y creía en esta persona con toda mi confianza; creía que iba a trabajar, creía que me amaba y creía que quería una vida conmigo, a tal punto que creí cuando “perdió el trabajo” y tuvimos que gastar todos mis ahorros, creí cuando me hizo sacar un préstamo exorbitante para “pagar la inicial de un departamento”, creí cuando me dijo que “se iba a trabajar a provincia”... para nunca regresar.

En este punto podrían pensar: “¡Qué babosa!”. Bueno..., podría ser; pero cada una lo sería si no confiara en quien ama y yo amé.

Para no hacer muy larga la historia, esta persona se fue dejándome sola con mi hija de 6 meses a quien vio nacer. Nos dejó sin remordimiento llevándose todo lo valioso que me quedaba; además, con la deuda por el departamento, que pensaba que él pagaba con el dinero que yo le daba, pues ni bien nació mi niña volví a trabajar; aunque nunca me detuve, ya que mi pequeña pancita me acompañó también hasta donde pudo cuando yo era maestra.

“Las cosas que nos pasan no son por casualidad, sino porque Dios todo lo dispone”.

Al irse y al yo aceptar que estaba sola, sin ingresos y endeudada, me deprimí de tal forma que hasta renegué de Dios por confiar, por estar viva, por estar sola, por no tener qué comer, por no tener con qué vestir a mi niña ni con qué alimentarla, por sentirme utilizada y por no haberme dado cuenta... Así estaba yo... derrotada en el piso (literalmente) sin poder entender nada y sin las fuerzas para continuar, hasta que un día miré a mi niña y vi esos ojos hermosos que los hijos suelen tener cuando miran a sus madres, como entendiendo que algo está pasando y brindándonos ese amor fortalecedor que sientes que te abriga. Y fue entonces que me puse de pie después de estar varios días con la pena, la culpa, la decepción y la autocompasión... Me limpié las lágrimas y me dije: “¡Hasta aquí, ya fue suficiente!", y empecé a buscar trabajo otra vez.

No fue fácil, pasaron cerca de cuatro meses que no conseguía nada; pero Dios me demostró su amor a través de los amigos y la familia que fueron mi soporte para continuar pisando firme.

**“Si creemos
que algo nos destruye,
es porque en realidad
nos desarma para
volver a crear una
mejor versión de
nosotras mismas”.**

Al quinto mes, encontré una oportunidad como tercera en el Minedu y me contrataron. No tenía qué ponerme y una amiga, que es talla L, me prestó su ropa siendo yo S. En ese momento, me la puse para ir formal. Viendo a todas las mujeres que trabajan en la sede con su ropa que antes yo vestía y sus zapatos que antes yo tenía, me sentía mal. A la hora del almuerzo, salía al parque hasta que pasara el horario porque no tenía qué comer. Pero solo pensaba en mi niña y el propósito que Dios me había dado poniéndome a trabajar en esta entidad. Así, armada de coraje, continué.

Como toda mujer luchadora, di lo mejor de mi profesionalismo, di lo mejor de mí como persona y acepté todos los aprendizajes que tuve en ese periodo. Luego, salió una oportunidad para ser CAS y oré para que pudiera pasar... Y, bueno, ya llevo 8 años trabajando como el primer día, con la misma convicción, por aquellas madres de esos niños que pasan lo que yo ya viví, brindándoles lo que puedo desde donde estoy con esfuerzo y compromiso en mis acciones, con el único objetivo de dar lo mejor para sus niños y niñas.

Ser mujer es todo un reto en este mundo, pero tenemos los pantalones bien puestos para asumirlos con la cabeza muy en alto. Vendrán las adversidades, nos deprimiremos, nos desconsolaremos; pero siempre tendremos el coraje de voltear la página y aprender a seguir caminando, a seguir viviendo, a seguir creyendo, a seguir confiando, porque nadie puede destruirnos. Si creemos que algo nos destruye, es porque en realidad nos desarma para volver a crear una mejor versión de nosotras mismas.

Así que si te sientes perdida, desesperada, triste, apenada, decepcionada..., permíteme decirte que ahora es difícil, pero pasará. Sigue pisando firme, sigue viendo de frente, continúa porque tú puedes, porque tú lo harás. Te lo digo yo, una mujer igual que tú y que ya recorrió ese camino.

¹ Habacuc 2:2-3

² Job 1:5

Lesly Isabel
Ojeda Enciso

Docente de 35 años, se especializa en cognición, aprendizaje y desarrollo, y forma parte del Minedu desde el año 2020. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Básica Alternativa.

“El “magis” de mi vida”



#mujeresliderando

He crecido en San Juan de Lurigancho (Lima, Perú) rodeada del amor y el apoyo incondicional de mis padres y mi hermana menor. Desde muy niña, he visto el sacrificio de ellos para ofrecerme una vida mejor y su ejemplo fortaleció en mí el compromiso y la responsabilidad en todo lo que emprendía.

Mi dedicación y esfuerzo no pasaron desapercibidos en mi colegio, el Fe y Alegría 26, donde se me brindó la oportunidad de postular a una beca universitaria en la Antonio Ruiz de Montoya. Al inicio, no estaba muy convencida, porque no conocía la universidad; pero gracias al aliento de mi mamá y al entusiasmo de mi papá, decidí postular a la beca en la carrera de Educación en Lengua y Literatura.

De todas maneras, las dudas rondaron mis primeros años de formación universitaria. Sabía que era una carrera muy sacrificada. Esto lo observaba en la labor que desarrollaban mi mamá y mis tías, quienes trabajaban como docentes, auxiliares o facilitadoras de alfabetización.

También me preocupaba cómo percibía mis competencias comunicativas. En el colegio, recuerdo que las tareas más desafiantes involucraban leer, escribir o exponer algo y sentía que no era lo suficientemente buena, incluso poniendo todo de mí. Por eso, me cuestionaba cómo podría enseñar algo en lo que no era buena.

Sin embargo, la universidad fue un espacio en donde desafié mis propios miedos e inseguridades y pude construir un propósito en el que hoy sigo persistiendo. En ese espacio, me familiaricé con el concepto de “magis”, que significa no solo dar más, sino también realizar las acciones de la mejor manera posible.

Ese término significó para mí una base para desarrollar mi labor educativa y comprometerme tanto como quienes habían hecho posible mi educación. Significó mejorar mis competencias en la enseñanza, buscar formas creativas para enseñar aquello que se me hizo difícil en la escuela y transformar realmente la vida de una persona a través de la educación. Cada día en el aula era una oportunidad para motivar e inspirar a mis estudiantes.

“Cada día en el aula era una oportunidad para motivar e inspirar a mis estudiantes”.

Toda esa labor no fue sencilla; hubo momentos en los que las dudas que tuve antes se volcaban nuevamente en mis pensamientos y aparecieron otros desafíos que la labor educativa me hizo sentir. Sin embargo, la satisfacción más grande era escuchar las palabras de mis propios estudiantes, quienes decían que se sentían bien consigo mismos al hablar, leer o escribir y que no eran aprendizajes difíciles como habían creído.

Ahora, desde el rol que asumo como servidora pública, mi compromiso se alimenta con ese “magis” y, así como tuve el soporte necesario para continuar mis estudios, deseo generar esas oportunidades educativas en otras personas de nuestro país.

**Elsa Maximina
Sánchez Yarmas**



#mujeresliderando

Psicóloga y periodista de 57 años, se especializa en psicología social y forma parte del Minedu desde el año 2020. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección General de Educación Básica Alternativa, Intercultural Bilingüe y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural.

“ peregrina del alma ”

Eran los años 70, con muchos cambios en la historia del Perú y en mi propia vida: la reforma agraria, la restricción de las libertades, el mínimo acceso de mujeres del campo a la escuela; además, las intensas sequías, razón por la cual la hambruna en animales y campesinos era frecuente. Mi padre había muerto cuando yo tenía 4 años, en una mina de Madre de Dios, y mi madre, siendo adolescente, migró a la ciudad para trabajar. Mi abuela materna tenía mi custodia, pero al verme enferma, con desnutrición y pocas posibilidades de sobrevivir, tomó la dura decisión de “entregarme” a una familia que no era la mía. Su motivo era no dejar que muriera. Así, a través del bautizo, esta familia se convirtió en “padrinos”, con lo cual podría recibir ayuda médica y, con suerte, ir a la escuela.

Yo había crecido en el campo, entre cabras, algodones y verdes y frondosos guarangos. Llegar a la ciudad capital, llena de ruidos extremos y olores fétidos (gasolina, desagüe, basura, etc.), fue chocante. Sin embargo, sobreviví con una familia numerosa que distaba de comprender mis silencios. Me costaba entender el castellano, ya que mi abuela era quechuahablante, por lo que fui víctima de violencia, racismo y discriminación en casa y en la escuela.

A pesar de todo, siempre encontré personas que tenían curiosidad por mi silencio y mis ganas de aprender, señalando las cosas porque tenía miedo de hablar. Pude estudiar entre tareas del hogar, venta de caramelos y cuidados de niños pequeños. Aprendí el arte de la cocina y arreglar artefactos domésticos. Pero cuando parecía tener un rumbo escolar destacado, me trasladaron a otra casa para cuidar a otros niños que habían nacido. Ya tenía 8 años, dejé la escuela, pero una de “las tías” me permitió estudiar al año siguiente en las tardes y así culminé la primaria. Con 13 años y los cambios que hay cuando crecemos, no faltaron en esa casa los sobrinos o invitados que intentaran vulnerar mi cuerpo ni las “tías que no creyeran” mis reclamos. Dormir era un riesgo; es más, cuando me enfrenté al “sobrino”, la tía me golpeó por “decir mentiras”, razón por la cual ese día aprendí que ser mujer era un peligro.

“Siempre encontré personas que tenían curiosidad por mi silencio y mis ganas de aprender”.

En adelante, opté por vestirme de tal forma que no se notaran mis senos y que mucho menos pudiese estar en faldas. Era mejor tener “pantalones” y ropas anchas, así pasaba desapercibida. Aquella tarde que la tía me golpeaba y me repetía con gritos que era una “recogida que le traía problemas”, algo en mí me dio fuerzas para no permitir más abusos y me defendí, a tal extremo que la tía salió lastimada. En su rabia, metió en un bolso mis ropas y me llevó a la estación Ormeño (buses que llegaban a mi pueblo) para devolverme al campo con la abuela o la madre biológica, familia que nunca más vi porque yo era una gran carga para ellas. Entonces, solo quedaba escapar.

“El miedo puede paralizarnos o motivarnos a enfrentar y darlo todo”.

Pedí a la tía ir al baño y logré mi objetivo, dejé la estación. Mis días en la calle deambulando, sin comida, tomando agua en los baños de restaurantes y durmiendo en las bancas fueron muy duros. Pero pude llegar a casa de una amiga del colegio y pude terminar la secundaria. Desde aquel momento, supe que estudiar y trabajar era una de las formas de no dejarme violentar.

En la escuela destaqué y tuve maestros que alentaron mi trayectoria educativa y confiaron en mí. Estudié en el Senati y trabajaba más de 14 horas para ahorrar y comprar mi primer terreno a los 19 años. A los 20 ingresé a la universidad y con media beca culminé exitosamente. Me casé muy joven. A los 22 años ya tenía mi primera casa. A los 30 pude tener otra vivienda en la Selva y, con la llegada de mis hijos, impulsé algunos emprendimientos. Así pude asegurar una educación más sólida para ellos y, sobre todo, que tuviesen un hogar donde se sientan seguros, amados y respetados.

He trabajado en diversos espacios, radio, TV, clínicas y consultora propia. Hoy, a mis 56 años, con hijos ya profesionales e independientes, puedo decir que logré más de lo que imaginé. Tengo el privilegio de trabajar en favor de las niñas y los niños que buscan en la escuela las herramientas que les ayuden a potenciar su desarrollo, donde, principalmente, todos reconozcan sus derechos y sean un colectivo para defenderlos. Estoy convencida de que la escuela es un pilar para reducir esas brechas de inequidades.

En esta vida nos podemos caer muchas veces, pero tenemos siempre la oportunidad de levantarnos; además, puedo decir que el miedo puede paralizarnos o motivarnos a enfrentar y darlo todo. ¡¡La resiliencia te permite transformar tus miedos en oportunidades!!

Aurora Sashenka
Guevara Ríos

Docente de 34 años, se especializa en computación e informática, y forma parte del Minedu desde el año 2019. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Innovación Tecnológica en Educación.



#mujeresliderando

“¡Mujer! Siempre brilla con luz propia”

Soy Aurora Guevara, especialista en formación virtual de la Dirección de Innovación Tecnológica en Educación del Minedu; titulada en Educación Secundaria por la Universidad Nacional Federico Villarreal, en la especialidad de Computación e Informática.

Ingresé al Ministerio de Educación en septiembre del 2019. Tenía experiencia previa enseñando Computación e Informática, pero nunca imaginé que, llegando a trabajar en el Minedu, fuera a participar de un acontecimiento trascendental para la educación peruana.

En marzo del 2020 empezó la pandemia en el país, tuvimos que quedarnos en casa y adaptarnos a una nueva forma de trabajo, con el fin de enfrentar los estragos que dejaba la COVID-19 y continuar con el servicio educativo bajo el lema “La educación no debe parar”.

Desde mi dirección escuchaba que nacía una estrategia de educación a distancia llamada “Aprendo en casa”, iniciativa en la que me vi involucrada y comprometida desde el primer día que me encargaron apoyar.

Una de mis labores era clasificar, renombrar y subir diversos archivos a la plataforma para que sean visualizados por miles de estudiantes de todos los niveles y modalidades educativas del país. Asimismo, había contenidos que virtualizar y en cada recurso daba lo mejor de mí para que saliera un excelente producto, de acuerdo a las pautas y tiempos establecidos. No importaban las horas ni el cansancio, pues, a pesar de las amanecidas, fue realmente emocionante y gratificante cuando, en abril del 2020, se lanzó la estrategia “Aprendo en casa” y pude ver, a través de diversos canales de comunicación, cómo desde los más pequeños hasta los jóvenes estudiantes, padres de familia y docentes utilizaban la plataforma para continuar aprendiendo pese a las dificultades que se suscitaban en ese contexto.

Sabía que detrás de todo ello había un esfuerzo constante y una gran dedicación del equipo para el cual trabajaba. Lo mejor fue saber que yo era parte de este logro y que había contribuido con un granito de arena a la educación de mi país. En ese momento, sentí que ante cualquier dificultad podemos salir adelante, solo depende de nuestro empeño y compromiso.

**“¡Soy importante,
luchadora y
siempre brillo con
luz propia!”.**

Esto conlleva una gran lección:
que todo se puede lograr y que, desde cualquier
puesto en el que nos encontremos, como mujeres tenemos
una gran y maravillosa labor, no solo como profesionales, sino como hijas,
esposas y madres que estamos comprometidas en los diferentes roles que
día a día desempeñamos.

Tengo muchas metas por realizar y, desde el puesto en el que estoy, continuo
esforzándome y dando lo mejor de mí para lograrlas. Porque, como mujer, ¡soy
importante, luchadora y siempre brillo con luz propia!

Bertha Daría
Galindo Salazar

Secretaria de 69 años, es madre de un hijo y forma parte del Minedu desde el año 1982. Actualmente, pertenece al equipo de la Oficina General de Administración.



#mujeresliderando

“Relato de mi historia”

Soy una mujer próxima a cesar en mis funciones en el Minedu. Mi carrera como personal administrativo

la inicié en el fenecido Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación (INIDE), donde laboré muchos años y fui dirigente sindical. Todo este tiempo, primero en el INIDE y posteriormente en el Minedu, lo he dedicado al sector público y al servicio del Estado peruano.

Soy una mujer que me considero guerrera, pues lucho por mi familia, mis ideales y la justicia para todos. Soy madre soltera, con un hijo que en la actualidad tiene más de 30 años, a quien he inculcado valores como el compañerismo, el respeto y la lucha por sus ideales.

Las mujeres que trabajamos sufrimos mucho por no tener un lugar donde dejar a nuestros hijos pequeños mientras se encuentran amamantando y también cuando están en su primera infancia.

En ese caso, recuerdo que tenía un jefe muy colaborador y consciente de mi situación, pues yo no tenía recursos para pagar a una niñera, mis padres eran muy avanzados en edad para cuidar a mi hijo y tampoco contaba con un familiar que me apoye. Es así que llevaba a mi hijo de dos meses de nacido a mi oficina, donde acondicioné una cuna elaborada con una caja de cartón. En esa etapa de la vida, los niños se dedican más a dormir y tomar su leche.

Por suerte, estuve bendecida por tener mucha leche materna, que me permitía amamantar a mi hijo de frente y en cualquier horario sin descuidar mis obligaciones laborales, así como poder ayudar a mi amiga Carmen, quien también tuvo su hijo de manera contemporánea con el mío y que laboraba en otra oficina del INIDE. Ella no producía leche materna como yo. Sin exagerarles, me sacaba biberones llenos; en ese tiempo no había extractor eléctrico de leche ni había lactario, así que nos acomodábamos para obtener el producto en las mejores condiciones de higiene y salubridad.

Mi amiga Carmen iba a mi casa por los biberones de leche. Ella estaba como a 30 minutos de la mía, pero hacía estos viajes con el afán de obtener la leche materna para su hijito. A veces lo llevaba para que lacte directo, pero el pequeño no estaba acostumbrado a los pezones, solo al biberón.

“Soy una mujer que me considero guerrera, pues lucho por mi familia, mis ideales y la justicia para todos”.

El bebe de mi amiga nació con un mal congénito cardíaco y ganaba peso muy lentamente, en comparación con mi hijo que tenía un peso y talla más que ideal.

Cumplida la edad de llevar tanto a mi hijo Diego como al hijo de mi amiga, de nombre Paul, al centro de educación inicial Barcia Bonifatti, los matriculamos en esta cuna del Minedu, donde se hicieron muy amigos. Tenían dos años y medio, pero hablaban todos los días, hasta los sábados y domingos nos hacían llamarlos por teléfono. Las conversaciones entre ellos eran muy divertidas, pues se preguntaban si habían comido, si habían ido al baño y si habían jugado.

“La amistad es un valor innato del ser humano y que, por más que pase el tiempo, perdurará”.

El hijo de mi amiga me decía mamá Bertha y a mi hijo le decía hermano Diego; de hecho, la leche materna lo ayudó mucho en su crecimiento. Lamentablemente, Paul tuvo complicaciones en su estado de salud y, no obstante haber sido operado, partió al lado del Señor con 2 años 8 meses de edad. Pero Dios es muy grande y dio mucha fuerza a mi amiga para tratar de superar este trance tan triste.

La amistad con ella, así como con otros compañeros, data de más de 30 años, donde hemos vivido un sinnúmero de experiencias bonitas, tristes, preocupantes; nos hemos enfrentado a evaluaciones en el centro de trabajo en épocas del gobierno de Fujimori, pero hemos sobrevivido a estos tiempos y hasta la fecha continuamos.

Siendo madre soltera, sí conté con el apoyo del padre de mi hijo; sin embargo, me tracé metas personales y así pude obtener mi departamento en una zona cercana al distrito de San Borja. Mi madre lamentablemente falleció. Luego, asumí el cuidado de mi padre turnándome con mis hermanas hasta que, faltando poco para llegar a cumplir 100 años, desdichadamente partió, dejándome muchas vivencias. Él también perteneció al Ministerio de Educación, fue trabajador administrativo.

Ahora, faltando meses para dejar mi querido Minedu, creo haber logrado mis expectativas y metas en lo personal, familiar y laboral. Estoy segura de que siempre tendré ese contacto con mis amigas del INIDE y de la Sede Central, calificando la amistad como un valor innato del ser humano y que, por más que pase el tiempo, perdurará en mí.

Agradezco la oportunidad que me dieron las instituciones donde laboré, como INIDE, ITACAB y ahora el Minedu, en las que puse alma, corazón y vida para cumplir con mi trabajo e identificarme plenamente con el servicio de la educación que damos a nuestros niños.

Andrea del Rosario
Arévalo Castillo

Secretaria de 38 años, es madre de una hija y forma parte del Minedu desde el año 2014. Actualmente, pertenece al equipo de la Oficina de Gestión de Personal.

“Todo por mis hijos”

#mujeresliderando

Soy parte del Minedu desde el año 2008, cuando ingresé como apoyo administrativo a los 25 años de edad, con muchas ganas de tener una oportunidad de trabajo y poder sostenerme económicamente.

Me casé y tuve a mi hija a los 27 años. Conciliar el trabajo con mi rol de madre fue un reto que no hubiera sido capaz de superar sin el apoyo incondicional de mi mamá, quien es mi mejor y mayor ejemplo de amor, lucha y fortaleza. Cuando mi hija cumplió tres meses, tuve que volver a laborar. Esos días fueron muy difíciles física y emocionalmente, acompañados de nostalgia, preocupación, ansiedad y sentimientos encontrados; pero mis afanes de superación y de darle lo mejor a mi familia me proporcionaron la fuerza que necesitaba. En esta etapa, mi madre (que vivía en Comas) diariamente tomaba el transporte a las cinco de la mañana para llegar hasta Barranco (donde yo vivía), pues se quedaba al cuidado de mi hija. Me parecía que era una supermamá, pero aún no lo había visto todo.

Cerca de los 3 años de mi hija, el segundo hijo de mi hermana fue diagnosticado con la ausencia de un riñón, debiendo permanecer internado por casi 6 meses. Como mi hermana también tuvo que internarse junto al bebe, mi madre le sumó a la madrugada y la distancia cargar en sus espaldas a mi otro sobrino (de 1 año y medio) para viajar con él hasta mi casa. Así siguió apoyándome con el cuidado de mi hija, y ahora también de mi sobrino, hasta que mi niña cumplió los 5 años.

En lo profesional, cuando mi hija tenía cerca de 2 años, tomé la decisión de estudiar para acceder a una mejor oportunidad de trabajo y de ingresos económicos. Sabía que sería un gran sacrificio, pero no era una opción no hacerlo. Estudié todos los sábados de 7 a. m. a 5 p. m. por cerca de un año y medio, distribuyendo mis ingresos y, sobre todo, mi tiempo con el trabajo y la atención de mi familia. El esfuerzo valió la pena, pues logré una mejor oportunidad dentro del Minedu y un mejor ingreso que me ayudó a darle mejores condiciones a mi hija.

Superado este segundo reto, se me presentó uno nuevo. A los 7 años de mi hija, me separé de su papá y tuve que afrontar su cuidado como madre y padre. Mi mamá fue nuevamente mi soporte y apoyo total. Volví a mi hogar en Comas, pero no me detuve. He continuado trabajando en el Minedu y, si bien hay fechas y situaciones en las que me cuestiono si lograré salir adelante, mi hija y mi madre son mis motivaciones más grandes.

“Mi madre ha sido el pilar de mi vida; por eso le rindo un homenaje especial en esta fecha, pues es mi ejemplo y apoyo incondicional”.

En estos 15 años que vengo laborando aquí, siempre he trabajado con mucho cariño para el Minedu; además, con mucho amor a mi familia y mis sueños. En este largo camino de lucha, he vendido marcianos, picarones, cachangas, comida y algunas veces he limpiado casas; todo por el orgullo que siento por mi trabajo, mis capacidades, y para el bienestar de mi hija. En todo este tiempo, mi madre ha sido el pilar de mi vida; por eso le rindo un homenaje especial en esta fecha, pues es mi ejemplo y apoyo incondicional. Hoy sigo junto a ella, junto a mi hija Camila y siempre de la mano de Dios que me protege y fortalece.

Feliz día a todas esas mujeres luchadoras que no se detienen, que se caen y se levantan, que se equivocan y siguen, que sueñan y luchan sin cansancio.

Sayra Celeste
Gálvez Armas

Estudiante universitaria de 22 años que pronto egresará de la carrera de Derecho, es practicante y forma parte del Minedu desde el año 2023. Actualmente, pertenece al equipo de la Procuraduría Pública.



#mujeresliderando

“Trabajando para alcanzar mis sueños”

Soy Sayrita Gálvez. Estudié la primaria en el distrito del Rímac y, posteriormente, postulé al concurso del Colegio de Alto Rendimiento (COAR), donde pude obtener una beca. Después tuve la oportunidad de acceder a otra beca que me permitió ingresar a la Pontificia Universidad Católica del Perú, en la carrera de Derecho, donde vengo cursando mis estudios satisfactoriamente y ocupando los primeros puestos. Además, gracias a mi esfuerzo, dedicación y desempeño, logré otra beca para realizar un intercambio a Suecia, lugar en el que estuve seis meses llevando dos cursos en idioma inglés sobre derecho penal y cibernético.

Ahora, vengo laborando de forma satisfactoria en la Procuraduría Pública del Ministerio de Educación, como practicante del área de Arbitraje y Contrataciones Públicas, coadyuvando en los procesos y participando en los mismos. Este año culmino mi carrera en julio; sin embargo, debido a la grata experiencia en esta área, deseo titularme y especializarme en arbitraje, para posteriormente realizar una maestría en el extranjero con miras de poder regresar al Perú y plasmar todo lo aprendido.

Soy una joven que con su ejemplo quiere dejarles un mensaje: “Con perseverancia y dedicación, las mujeres podemos lograr nuestros objetivos y ser destacadas profesionales”. También quiero trabajar por el país, para lo cual cuento con mucha vocación y me gusta coadyuvar desde el sector público, con el fin de que a futuro muchos niños y jóvenes puedan tener las mismas oportunidades que he tenido y para que puedan aprovecharlas con mucho esmero.

**“Con perseverancia
y dedicación,
las mujeres
podemos lograr
nuestros objetivos
y ser destacadas
profesionales”.**

**Yosselin Keli
Ojeda Fierro**

Economista de 31 años, se especializa en gobierno y políticas públicas, y forma parte del Minedu desde el año 2024. Actualmente, pertenece al equipo de la Unidad de Planificación y Presupuesto.



#mujeresliderando

“Micaela tiene tres profesiones”

Soy economista de la Universidad Nacional del Callao. He participado en voluntariados como Proyecto 411, Aprendo contigo, Yachay Wasi, entre otros, y considero que la educación de calidad es el pilar para transformar vidas.

“¡Las mujeres no están hechas para el estudio!”, era una de las frases que siempre repetía el padre de Micaela. Él era un papá muy amoroso y ella lo admiraba y respetaba, aunque no estaba de acuerdo con esa idea.

La familia de Micaela era muy grande. Ella tenía cuatro hermanos y cinco hermanas, y junto a sus padres tenían un hogar donde había tanto amor como bulla en la mesa cada vez que se reunían en una fiesta. En la casa, mamá y papá se esforzaban por estar para ellos en cada momento. Mientras fueron niños y niñas ambos jugaban, ya pasando a la pubertad y adolescencia se marcaba una diferencia: las niñas debían realizar las labores del hogar y los niños..., pues, los niños tenían más tiempo para el fútbol. El papá de Micaela, llamado Fernando, dio estudios hasta primaria a todos sus hijos e hijas; pero tenía la idea de que la secundaria y los estudios superiores eran solo para los hombres.

Y aunque muchas veces la madre de Micaela intentó que fuera diferente, ella simplemente debía obedecer la decisión del “hombre de la casa”.

Micaela estaba en sexto de primaria y, aunque no tenía las mejores notas, amaba estudiar y veía cómo ese sueño se podía esfumar al año siguiente. Ella pensaba que aún le falta mucho por aprender y descubrir. Así que, cuando terminó la primaria, le dijo a su papá que quería continuar sus estudios; sin embargo, Fernando no aceptó y, además del rotundo no, le dijo que de seguir con esa idea no iba a contar con su apoyo en otras cosas. Al inicio, ella se sintió desanimada, pensó en rendirse y seguir el ejemplo de sus hermanas mayores, quienes obedecieron ciegamente a su padre.

Con el pasar de los días, Alejita, su madre, al verla tan desanimada, le dijo que nunca debía rendirse en la vida hasta haber agotado la última oportunidad y que la iba a apoyar. Así, ambas decidieron ir por el reto de la secundaria. Durante esos cinco años, ella estudió y trabajó arduamente, mientras su mamá la apoyaba con una tacita de leche en las noches o una de café bien cargadito en las mañanas.

Micaela terminó la secundaria y fue la primera de las hijas de Alejita en hacerlo. En la ceremonia de clausura, fue su padre quien con lágrimas en los ojos reconoció el esfuerzo de su pequeña y de su amada esposa, así como el error que había cometido por tanto tiempo.

“Nunca hay que rendirse en la vida hasta haber agotado todas las posibilidades”.

Micaela es el nombre de mi hermosa madre, quien se ha esforzado tanto toda su vida para darnos lo mejor a mi hermana y a mí. Gracias a ella y a la importancia que le da a la educación, hoy sus dos hijas somos profesionales; por eso, siempre nos dice que ella tiene tres profesiones: economista, administradora y madre. Hoy, gracias a esta perseverante y resiliente mujer, puedo decir con orgullo que (1) soy la primera mujer profesional en la familia de mi madre; (2) esto abre las puertas para que muchas de mis primas, sobrinas y mujeres en mi familia vean que nunca hay que rendirse en la vida hasta haber agotado todas las posibilidades, y (3) la educación fue y es la pieza clave para que una mujer disponga de las herramientas necesarias que le permitan romper esquemas.



**Tania Cecilia
Córdova Torres**

Ingeniera de sistemas de 35 años,
forma parte del Minedu desde el año
2019. Actualmente, pertenece al
equipo de la Unidad de Servicio de
Atención al Usuario.

#mujeresliderando

Cumple tus objetivos aunque parezcan difíciles

Me llamo Cecilia, tengo 35 años
y me desempeño como ingeniera.
Soy una persona sensible y muy alegre.

Escribirles un poco de mi vida me pone nerviosa, pero mi intención de presentarles mi historia es con el deseo de motivar a otras personas para que hagan lo mismo.

Soy natural de Cerro de Pasco, donde teníamos una vida tranquila con mi madre y mi hermana. Como en toda familia, mi mamá siempre se preocupaba por nuestra educación y salud.

—Hijas, ustedes tienen que aprovechar para estudiar y lograr sus sueños —decía.

—Sí, mamá, vamos a lograr ser profesionales —respondíamos.

Sin embargo, a los dos años, debido al delicado estado de salud de mi abuelo, tuvimos que mudarnos a su casa para estar con él y con mi bisabuela.

—Tenemos que irnos a vivir con mi papá —nos dijo.

—¿Por qué, mamá?

—Está muy delicado de salud y necesita que lo atienda —respondió.

Fue una época muy difícil para nosotras. Mi madre tenía que trabajar para mantener el hogar y, con esta responsabilidad, ella nos dejaba solas.

—Tengo que viajar para poder trabajar —nos dijo.

—¡No, mamá!, quédate aquí —le dijimos.

—Quiero estar con ustedes, pero es necesario que viaje para poder ganar un poco de dinero y poder afrontar los gastos, hijas.

—Ya, mamita, nosotras nos alistaremos y prepararemos nuestros alimentos. Cuídate, mamá.

Por los viajes que realizaba, nosotras éramos muy responsables y teníamos que hacer nuestras tareas solas. Nuestro padre nunca vivió con nosotras, eso nos entristecía. Pero mi madre, con energía, supo inculcarnos la responsabilidad y honradez.

Fue mucho tiempo que pasamos de esa manera: mi madre trabajando y nosotras solas afrontando nuestras necesidades, cuidando de nuestros abuelos y, por cierto, dedicándonos a estudiar. De esta manera, logramos avanzar con nuestras primeras metas y aprendimos a sobrevivir solas, mejor dicho, sin que mamá o papá nos atendieran y, más aún, con la responsabilidad de atender a nuestros abuelos. Fueron épocas muy difíciles al principio, pero luego la misma rutina nos ayudó a conllevar nuestro ritmo de vida.

Y bueno, nos tocó llegar a la secundaria, donde las cosas se pusieron mejor, con un panorama diferente. Nuestra madre ya viajaba menos y eso nos permitía estar más tiempo juntas; sin embargo, por mi parte sucedió otra cosa: yo comencé a tener amigas y eso como que me gustaba, y empecé a alejarme un poco de mi mamá.

“Mi madre, con energía, supo inculcarnos la responsabilidad y honradez”.

Pero con mis amigas era otro problema por enfrentar...

—Cecilia, se acerca el Día del Padre —me decían.

—¿Sí, pero, chicas, qué vamos a programar para este sábado? —respondía yo, tratando así de evadir el tema de la ausencia de mi papá, aunque me daba mucha pena, pero no tenía otra cosa que hacer o decir.

De la misma forma, tenía todos esos problemas de juventud. Cuando terminé la secundaria, me preparé y postulé al mismo tiempo a la universidad y al instituto. Ingresé en ambos lados, pero mi mamá...

—No, hija, no vas para la universidad, esa carrera no me gusta para ti.

—Pero, mamá, yo quiero ir a la universidad, es mejor —le respondí.

—¡No! Te quedas y estudias en el instituto —contestó.

“Estoy contenta y agradecida por conocer buenas personas con las cuales formamos un gran equipo”.

Y fue así que estudié Pedagogía.

Comencé a estudiar el 2004. Ya con mis salidas para el instituto, conocí a mi primer enamorado y me demoraba en llegar a mi casa. Mi mamá siempre estaba llamándome la atención, pero me volví rebelde.

—¡Tienes que llegar a la hora!

—No puedo, mamá, tengo que hacer mis trabajos en grupo o sacaré malas notas, tienes que entender.

—Pero, hija, es peligroso; tú llegas tarde y te puede suceder cualquier cosa.

—No, mamá, el hermano de mi amiga me acompaña —mentía.

—Mejor te mando a vivir con tu papá, él también debe preocuparse por ti.

—¡No!, no quiero ir con él; mejor estoy contigo, mamá. Mi papá ni nos conoce bien.

Me puse a trabajar en el mismo instituto y eso me permitía cubrir mis gastos, ya era autosuficiente. Luego, al terminar mis estudios, tuve la oportunidad de realizar mis prácticas fuera de Pasco, pero me negué a asistir a dicho centro por quedar lejos.

Al ver esto, mi mamá me dijo que estudiara otra carrera. Postulé a Computación e ingresé, continuando con mis estudios.

Por otro lado, estos cambios ocasionaron en mí un comportamiento diferente en casa y otro en la calle. En mi casa paraba melancólica y triste, pero fuera ya era otra persona, más alegre, tratando de demostrar que no tenía problemas. Con el tiempo, lo superé.

En un viaje a Huancayo, donde mi padre vivía con su nueva familia, yo quise visitarlo y lo hice. Así conocí a mis hermanos y también me encontré con mi papá. Me recibieron muy bien.

Luego, postulé a la universidad e ingresé a Ingeniería, donde concluí satisfactoriamente mis estudios y logré el título de ingeniera. Finalmente, postulé al Ministerio de Educación y, luego de varios intentos, logré ingresar. Fue así que desde entonces trabajo aquí, donde estoy contenta y agradecida por conocer buenas personas con las cuales formamos un gran equipo.

María Elena
Sosa Oliveros

Docente de 63 años, se especializa en educación primaria y forma parte del Minedu desde el año 2016. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Servicios Educativos en el Ámbito Rural.



#mujeresliderando

“ ¡Mi sueño, ser maestra! ”

Nací en Lima el 5 de febrero de 1961. Soy docente de profesión con 23 años de enseñanza en el nivel de Educación Primaria y 9 años de trabajo en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, facultad de Educación, donde he sido participante de los programas de lectura y escritura, y especialista de acompañamiento pedagógico. En la actualidad, llevo 8 años como especialista pedagógica en la Dirección de Servicios Educativos en el Ámbito Rural (DISER).

Soy madre de tres hijos: Elizabeth, de 39 años, abogada de profesión; Jorge, de 38 años, ingeniero de profesión; y Renzo, de 33 años de edad.

Aquellos que me conocen me llaman Malena. Soy la quinta de seis hermanos. Lamentablemente, ya no cuento con la presencia de mis padres ni de dos de mis hermanos.

Como docente de profesión, he dedicado 23 años de mi vida a la enseñanza en una escuela estatal, acompañando a niños y niñas en su trayectoria educativa en primaria. Posteriormente, tuve la oportunidad de trabajar en la Universidad Peruana Cayetano Heredia durante 9 años, antes de incorporarme al Ministerio de Educación.

Sumando todas estas experiencias, acumulo casi 40 años de trabajo ininterrumpido, tanto con niños como con adultos. Esta trayectoria me brinda una profunda sensación de realización profesional.

He tenido la oportunidad de recorrer diversas regiones del Perú, como Junín, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Puno y algunas zonas de la selva. Durante estas experiencias, he visitado numerosas escuelas y he podido observar de cerca la realidad en la que viven mis compatriotas. Son personas que trabajan arduamente para sostener a sus familias y que, al igual que nosotros, se esfuerzan por brindar un futuro mejor a sus hijos e hijas.

Recuerdo con claridad que desde muy pequeña aspiraba a ser maestra. Jugaba incansablemente a enseñar, imitando cada gesto y palabra de mi profesora de primaria. En mi pequeña cocina, convertida en aula improvisada, llevaba a cabo mis lecciones, pasando lista y otorgando calificaciones a mis alumnos imaginarios. Mis juegos infantiles giraban en torno a esta pasión y disfrutaba especialmente interpretando las canciones de Yola, enseñando a mis amigas los movimientos y letras con entusiasmo. Valoro profundamente el apoyo de mi padre, un amigo que, en su pobreza, contribuyó a hacer realidad mi sueño de convertirme en maestra. A pesar de sentir inseguridades al postular a un lugar que percibía destinado a personas más adineradas, mi padre me infundió confianza con sus palabras: "Tú vas a ingresar". Y así fue.

"Creo firmemente en la superación personal, en el constante esfuerzo por alcanzar nuestras metas y hacer realidad nuestros sueños".

Tengo la fortuna de contar con tres hijos, adultos, realizados, y tengo la dicha de tener nietos. Mis hijos son mis mejores amigos. Con ellos comparto no solo momentos de alegría, sino también confidencias y vivencias profundas. Me siento destinada a ser su guía y acompañarlos en cada paso de sus vidas, tanto en los momentos felices como en los difíciles. A lo largo de nuestra historia juntos, hemos enfrentado desafíos que han dejado huellas en cada uno de nosotros, provocando dolor en ocasiones.

Sin embargo, en esos momentos de oscuridad, siempre he estado presente como madre, ofreciendo palabras de aliento y apoyo incondicional.

Me apasiona enseñar, capacitar y escribir. En este momento, estoy inmersa en la publicación de dos libros: *Las historias de Malela* y *Las historias fantásticas de Malena*. Sueño con disponer de largas horas libres para dedicarme plenamente a mi pasión y dejar fluir mi imaginación sin límites.

“Eres el arquitecto de tu propia vida y tus metas”.

En uno de mis libros, relato mis propias anécdotas, las cuales evocan una gama de emociones en mí. Al recordar estos acontecimientos, algunos tristes y conmovedores por mis padres y dos hermanos ya fallecidos, otros llenos de alegría y orgullo por mi familia, no puedo evitar que las lágrimas broten de mis ojos. Sus recuerdos dejaron una profunda huella en mi corazón y en mi obra escrita.

Creo firmemente en la superación personal, en el constante esfuerzo por alcanzar nuestras metas y hacer realidad nuestros sueños. Enfrentamos obstáculos a diario, cada día es una batalla que libramos con determinación. Lo crucial es salir victorioso de estas luchas y compartir con los demás las lecciones aprendidas en el camino. Esta convicción la aplico tanto en mi papel de madre como en mi desarrollo personal y profesional.

No sé hasta cuándo tendré la oportunidad de seguir contribuyendo desde mi experiencia con propuestas para mejorar la educación de los niños y niñas del Perú, especialmente de aquellos que residen en zonas rurales y deben recorrer largas distancias para ir a la escuela. A pesar de los desafíos, muchos de ellos llegan con entusiasmo y grandes sueños para su futuro. No podemos defraudarlos. Es nuestra responsabilidad luchar desde nuestro lugar para acercarnos cada vez más a estos niños y proporcionarles las herramientas y el apoyo que necesitan. Son ellos quienes, con su potencial, contribuirán al crecimiento y grandeza de nuestra nación.

Cada nuevo amanecer representa un desafío, una oportunidad para seguir adelante. Cada noche reflexiono sobre mis acciones, emociones y lecciones aprendidas durante el día. Y, finalmente, quiero expresar que considero que la vida me ha obsequiado el mejor regalo: ¡SER MAESTRA!

Tú tienes sueños, así que lucha por ellos con determinación. Lo más importante es perseverar. Cada día es una oportunidad para avanzar hacia tus metas. Aunque puedas encontrar pequeños fracasos que te generen impotencia, recuerda que son temporales. Lo mejor está por venir, solo necesitas persistir y tener la fuerza de un águila para convertir cada sueño en victoria. Eres el arquitecto de tu propia vida y tus metas. ¡Buena suerte en tu camino!



Hassel Yajayda
Ortiz Huamán

Lingüista de 41 años, se especializa en edición de textos y forma parte del Minedu desde el año 2021. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Primaria.

#mujeresliderando

“ La fortaleza y el amor de una mamá ”

Soy Hassel, mamá y trabajadora en el Ministerio de Educación del Perú. Mi vocación de servicio y compromiso con la educación me impulsa a empoderar a las nuevas generaciones. Trabajo bajo el paraguas de la integridad, el respeto y la entrega en todo lo que hago.

La vida nos pone a prueba de maneras inimaginables, pero es nuestra integridad la que nos permite superarlas con entereza. Cuando supe del crecimiento diferente de mi bebé y el crudo pronóstico médico, sentí miedo. Sin embargo, la fe y el respeto por la vida me impulsaron a luchar incansablemente por él.

A pesar de las estadísticas abrumadoras y en contra, me negué a rendirme. Decidí brindarle a Leonardo el mejor servicio posible: una mamá, dispuesta a hacer cualquier sacrificio por el bienestar de su hijo. Acudí a los mejores especialistas, estudié su condición y me informé al máximo para tomar decisiones acertadas.

La excelencia médica fue crucial, pero mi fuerza interna resultó ser el arma más poderosa, mayor de lo que creía. Aún en los momentos más oscuros, cuando la esperanza parecía desvanecerse, mi determinación permaneció inquebrantable. Me armé de valor gracias al empoderamiento femenino y la resiliencia que llevamos dentro.

Cuando Leíto nació, su pequeño cuerpo frágil solo fortaleció mi convicción. Acepté la cirugía de alto riesgo, pues sabía que era nuestra única oportunidad. En el quirófano, sostuve su manito y le transmití toda mi energía mientras oraba por un milagro.

Contra todo pronóstico, Leíto sobrevivió. Su fuerza sobrehumana conmovió al país entero y se convirtió en un símbolo de esperanza. Pero más que la fama, su milagrosa historia ejemplifica el amor de una madre y la resiliencia humana.

“Valorar cada pequeño logro y agradecer las bendiciones de la vida”.

Hoy, Leíto es un niño feliz y saludable gracias a una entrega inquebrantable y, por supuesto, al equipo de médicos que, en todo momento, buscaron las mejores opciones para superar cualquier pronóstico adverso. Esta experiencia no solo fortaleció mis lazos con él, sino que me enseñó a valorar cada pequeño logro y agradecer las bendiciones de la vida.

Espero que esta historia sirva de inspiración para otras madres que enfrentan desafíos. Les insto a armarse de integridad, respeto por la vida y una búsqueda incansable de excelencia en el cuidado de sus hijos. La adversidad nos puso a prueba, pero el empoderamiento y la resiliencia nos llevaron a la victoria. Si Leonardo y yo pudimos, todas podemos.

Karla Franchessca
Arévalo Guzmán

Abogada de 42 años, se especializa en recursos humanos y forma parte del Minedu desde el año 2015. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección General de Educación Básica Regular.



“Un deseo llamado María Fe” #mujeresliderando

Desde muy pequeña, siempre quise escribir, pero no tuve la oportunidad o quizás la inspiración. Y hoy que tengo la oportunidad de hacerlo, les escribo que para conozcan mi experiencia por ser mamá.

Nunca fui maternal, pero llega un momento en la vida de la mujer (sé que no es para todas) que despierta ese sentimiento... y quise ser mamá; quizás porque tenía una pareja estable y un trabajo. Ese instinto me nació a los 26 años.

Desde ese momento, pasaron casi 5 años intentando y nada, así que comencé a ir a especialistas. Estos de verdad son caros, pero felizmente tenía las posibilidades económicas para hacerme los tratamientos.

Me hicieron los procedimientos de fertilidad, inseminación artificial (unas 8 veces) y fecundación *in vitro* (unas 5 veces, ya perdí la cuenta); a la par que me operaron de miomas, quistes y otras cosas que me encontraban.

Yo ya había quedado embarazada unas 4 veces, pero siempre los perdía, ya que los fetitos no evolucionaban. Era feliz cuando me salía positivo e infeliz cuando los perdía.

Llegué a pensar que ya no iba a tener hijos. Y fue cuando me pregunté: ¿se podría llegar a amar a un ser que no es de tu sangre? Fue entonces que, por un tema familiar, tuve una experiencia de cuidar a una bebé recién nacida. La verdad, la llegué a querer, y comprendí que sí, sí se podía amar a alguien que no es de tu sangre.

Un día fui a un taller de *coach* y me di cuenta de que no era feliz, algo me faltaba a pesar de que lo tenía todo (a veces no nos damos cuenta de lo afortunados que somos).

Seguía con los tratamientos. En todo ese tiempo, mi fortaleza fue mi esposo, quien tenía 2 hijos mayores y siempre estuvo conmigo.

Los años y tratamientos pasaban, pero me faltaba algo más por experimentar: ir al psicólogo. Yo siempre fui reacia a eso. Para ser sincera, no sé si me ayudó; además, no me gustó porque al final yo era la culpable de todo y nada.

“A veces no nos damos cuenta de lo afortunados que somos”.

El tiempo seguía pasando, ya tenía 37 años. La presión de la sociedad, la familia, la edad y yo misma... se me venía todo encima. Continué con los tratamientos de la fecundación *in vitro*, ya para ese entonces tenía congelados tres óvulos: un varón, una mujer y un mosaiquito (así les llaman cuando no se desarrollan correctamente). Para ese año, ya me habían hecho tres *in vitro* y cada espera era terrible (la espera desespera).

Siempre decíamos con mi esposo que el doctor sea quien escoja el sexo. Un día me fui a mi consulta sola y el médico me preguntó qué sexo quería para que me implanten. “MUJER”, fue lo primero que se me salió y no le dije nada a mi esposo.

“No es fácil ser mamá, pero es lo más hermoso que me ha pasado”.

Cuando me implantaron el óvulo, el laboratorista dio las descripciones del embrión y mi esposo me dijo: “Oh, es mujer”. Me quedé callada, pero con cargo de conciencia. Me acuerdo de que fue un 14 de febrero del 2019 y nos acompañaba mi hermanita.

Esperar nuevamente... Esta vez no me iba a hacer la prueba de orina, sino la de sangre, y esperé un día más a la fecha que me dijo el doctor. Me hice el examen y los resultados salían en la tarde. Llegaron los documentos y, cuando vi los resultados, era positivo. En ese momento, me llamó mi esposo diciéndome: “Amor, no te sientas mal, vamos a seguir intentando”. No entendí, ¿para mí era positivo!, pero para él negativo, y se me vino otra vez el mundo encima. Eran las 3 de la tarde y no había cuándo avancen las horas. Necesitaba irme, tenía muchas ganas de llorar, pero me las aguanté.

Recuerdo que me recogió mi esposo y nos pusimos a llorar nuevamente. Le dije: “Hasta acá nomás, renuncio a todo”.

Por la noche, vi mis resultados anteriores e hice las comparaciones, pero los rangos de HCG eran iguales o mayores (son valores de sangre de embarazo) y me salía positivo. Le mandé los resultados a la secretaria del doctor y me dijo: “Felicitaciones, estás embarazada”. Fue lo más bonito que escuché ese día.

Durante el embarazo, estaba siempre con el temor de perderla o que no evolucione correctamente como las veces anteriores. Me llegaron a hacer un tratamiento de compatibilidad de sangre con mi esposo, y fue cuando comenzó la experiencia del embarazo. No fue fácil, siempre tenía unos pequeños sangraditos, pero llegamos a la meta y hoy mi hijita tiene 4 años.

Ella es el amor de mi vida, es ese pedacito que me faltaba para ser feliz. La verdad, no es fácil ser mamá, pero tenerla es lo más hermoso que me ha pasado. Fue difícil, pero agradezco infinitamente por ella.

Te amo, María Fe, tu nombre lo dice todo.

Nancy
Reyes Ramos



Docente de 49 años, se especializa en docencia y gestión educativa, y forma parte del Minedu desde el año 2010. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Innovación Tecnológica en Educación.

#mujeresliderando

“No hay límites de tiempo que te impidan estudiar para seguir adelante”

A los 17 años, cuando recién había terminado de estudiar la educación secundaria, me casé con una persona 11 años mayor, ambos solteros con espíritu aventurero. De este matrimonio, tengo una hija. Cuando ella cumplió 1 año, aproximadamente, un 24 de diciembre de 1993, su padre abandonó el hogar porque yo no era profesional.

Cuando cumplí mis 19 años, con una hija de 2 años de edad, inicié mis estudios en el nivel superior y a la vez trabajaba para el sector Educación. Con mucho esfuerzo y sacrificio, llegué a concluir mi formación como profesora hasta lograr la titulación. Después trabajé como docente de aula en EBR, luego en el nivel superior y, posteriormente, como capacitadora y monitora de múltiples proyectos y tecnología en instituciones educativas de diversas regiones a nivel nacional, lo que me llevó, por mi esfuerzo y experiencia, a lograr desempeñarme como especialista en educación.

Este camino de ser estudiante, madre y trabajadora no fue fácil, pues se me presentaron muchos obstáculos por las diversas carencias; pero mi motivación del día a día fue mi hija, a quien logré educar en la Universidad de Piura y hoy es profesional y emprendedora.

Por ello, invito a todas las mujeres madres a estudiar, porque no deben existir límites de tiempo para iniciar nuestros sueños. Ahora, he logrado mi grado de maestría y estoy orgullosa de formar parte de esta gran familia, donde vengo laborando, como es el Ministerio de Educación.

**“No deben existir
límites de tiempo
para iniciar
nuestros sueños”.**

Soledad Adela
Canaza Espejo

Ingeniera en Informática y Sistemas de 53 años, se especializa en innovación y gestión de proyectos, y forma parte del Minedu desde el año 2018. Actualmente, pertenece al equipo de la Oficina de Tecnologías de la Información y Comunicación.



#mujeresliderando

“ Sueños forjados a pulso: de la austeridad al éxito ”

Las semillas de la pasión por el conocimiento

Mi historia no se escribe en tinta de oro, sino en la caligrafía áspera del esfuerzo y la superación. Mis padres, con la tinta escasa de apenas unos grados de primaria, me transmitieron el valor máspreciado: la sed de aprender. Mi padre, obrero de mil oficios, tejía sueños de conocimiento en mi mente con cada libro que me regalaba y cada estante que construía para albergar mi biblioteca en ciernes. Sus palabras resonaban con la fuerza de un mantra: “Hija, no te conformes con una sola carrera, busca el arcoíris del saber”.

Creciendo entre libros y sueños

Con esa brújula en el corazón, navegué por las aulas, acumulando títulos como un náufrago acumula tesoros: cuatro carreras de grado y tres maestrías hasta el momento. Cada logro era un homenaje a la fe inquebrantable de mi padre, a la tenacidad de mi madre y a la certeza de que el conocimiento abre puertas que la pobreza no puede cerrar.

Un camino de retos y oportunidades

Mi camino no estuvo exento de dificultades. Recuerdo los momentos en que los recursos económicos flaqueaban, pero la pasión por el saber era un faro que guiaba mis pasos. Mis padres, con la sabiduría que solo da la vida, siempre encontraron la manera de apoyar mi sed de conocimiento.

La honestidad como estandarte

La honestidad ha sido mi brújula en el camino profesional. He escalado peldaños hasta alcanzar la cima de la gerencia general, no por la astucia o la ambición desmedida, sino por la convicción de que el trabajo honesto y la entrega apasionada son las semillas del éxito verdadero.

Un legado que pervive

Mi padre, mi mentor, partió hace quince años, justo cuando mis sueños comenzaban a tomar vuelo. No pudo verme alcanzar la cima, pero su aliento sigue impulsándome cada día. Su legado vive en cada estante de mi biblioteca, en cada página que devoro, en cada meta que alcanzo. Y mi madre continúa acompañándome en este camino con la fuerza de una mujer fuerte a pesar de su avanzada edad.

“Los sueños, con esfuerzo y pasión, pueden tejerse con la misma fibra de la que están hechos los imposibles”.

Un mensaje de esperanza

Mi historia es un canto a la esperanza. Es la prueba irrefutable de que los sueños, con esfuerzo y pasión, pueden tejerse con la misma fibra de la que están hechos los imposibles. Es un llamado a la acción, a no rendirse jamás, a perseguir el conocimiento con la misma tenacidad con la que se persigue un sueño.

“El éxito no es un espejismo, es una realidad tangible al alcance de quienes se atreven a perseguirlo”.

Un llamado a la acción

A todas las mujeres y a todos en general, que sueñan con romper las cadenas del destino, les digo: “¡Adelante! No importa de dónde vengan ni los obstáculos que enfrenten. Empuñen el conocimiento como arma, la honestidad como escudo, la pasión como brújula, y tengan a Dios como guía. El éxito no es un espejismo, es una realidad tangible al alcance de quienes se atreven a perseguirlo”.

Mi historia es un homenaje a la fuerza que habita en cada mujer. Es una invitación a convertir las limitaciones en oportunidades y los sueños en realidades tangibles. Juntas podemos construir un mundo donde el éxito no tenga género, donde la educación sea la llave que abra las puertas de un futuro mejor.



Gladys
Calero Uribe

Docente y enfermera de 45 años, se especializa en educación primaria y forma parte del Minedu desde el año 2009. Actualmente, pertenece al equipo de la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe.

#mujeresliderando

“ Amor inquebrantable: promesas, pruebas y fe ”

Mis padres consideran mi nacimiento como un milagro de Dios. Soy la última de cuatro hermanos

y desde pequeña recibí tratamiento por un lunar. Crecí rodeada de buenas personas y tuve una niñez y adolescencia bastante tranquila.

Admiro mucho a mis padres, ya que han pasado por muchas pruebas y siempre se han mantenido unidos. Ellos me han enseñado el valor de la valentía y la fortaleza para enfrentar retos.

Mi nombre es Gladys Calero Uribe y en diferentes etapas de mi vida he tenido experiencias en distintas profesiones. Estudié dos carreras, por lo que soy técnica en Enfermería y licenciada en Educación Primaria. Incluso, trabajé en ambas profesiones al mismo tiempo. Por las mañanas enseñaba a niños de primer grado y por las tardes cuidaba a ancianos en una casa de reposo. Ambos trabajos estaban cerca de mi casa, lo que facilitaba mi desplazamiento.

Aunque fue un reto asumir ambas responsabilidades, me llenaban de alegría y me reconfortaba saber que podía ayudar a los demás en mi vida cotidiana. Posteriormente, decidí estudiar una maestría en Gestión Educativa y comencé a trabajar en el Minedu, lo cual representó un nuevo aire en mi vida profesional. Actualmente, trabajo en la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe como especialista en gestión de materiales educativos. Me siento privilegiada de formar parte de esta dirección, ya que me ha permitido conocer y admirar la labor que realiza la DEIB en la educación de los niños y jóvenes de los 42 pueblos originarios, en las instituciones educativas de Educación Intercultural Bilingüe (EIB).

En el ámbito personal, siempre le pedí a Dios que me permitiera conocer a la persona ideal para compartir mi vida, alguien con valores similares a los míos: empático, solidario, respetuoso y que valorara a su familia. Finalmente, encontré a esa persona especial y nos casamos el 5 de marzo de 2022, justo después de la pandemia. Nuestra boda fue un evento lleno de amor y nos comprometimos a respetarnos y cuidarnos mutuamente en todas las circunstancias de la vida.

“Me llena de alegría y me reconforta saber que puedo ayudar a los demás en mi vida cotidiana”.

Sin embargo, a los tres días de casados, sufrimos un accidente que pudo haber sido fatal. Fuimos embestidos por una moto, cuyo conductor ignoró todos los semáforos e iba a una velocidad excesiva. Mi esposo, sin dudarlo, se puso delante de mí para protegerme, lo que resultó en una fractura de su pierna izquierda. Yo también resulté herida, aunque de menor gravedad.

Ambos fuimos trasladados a un hospital, donde, después de una serie de exámenes, me dieron de alta. Sin embargo, debido a la gravedad de la fractura, mi esposo tuvo que ser sometido a una operación. El pronóstico era incierto, pero con la ayuda de Dios, paciencia y mucho amor, su recuperación fue un verdadero milagro. A pesar de los desafíos diarios, ha aprendido a caminar otra vez.

“A pesar de las adversidades y los momentos difíciles que podemos enfrentar, Dios siempre nos cuida y protege”.

Desafortunadamente, el 25 de octubre de 2023, mi esposo sufrió una caída y volvió a fracturarse la misma pierna. Tuvimos que comenzar todo el proceso de nuevo con otra operación. Han pasado cinco meses y está retomando las terapias. Por mi parte, tengo que dividir mi tiempo entre el trabajo, el hogar y la familia; pero sorprendentemente no descuido ninguna de estas responsabilidades. Mantengo una actitud alegre y sigo creyendo en la esperanza.

Aun cuando las dificultades se han hecho presentes, nos hemos apoyado mutuamente. Mi esposo ha encontrado en mí una fuente de fortaleza, aliento y apoyo emocional. Juntos enfrentamos los desafíos que se nos presentan, aferrándonos al amor y al compromiso matrimonial. A pesar de todo lo que hemos pasado, seguimos persiguiendo nuestras metas personales y no hemos experimentado un retroceso en nuestras carreras. Me siento profundamente feliz porque la vida me ha brindado una segunda oportunidad, tengo un esposo amoroso y bondadoso, mis padres están sanos y en mi trabajo cuento con compañeros solidarios que siempre me han brindado su apoyo.

A lo largo del camino, hemos aprendido la importancia de la empatía y la comprensión. También aprendimos a escucharnos mutuamente, a apoyarnos en los momentos difíciles y a celebrar juntos los logros alcanzados. Nuestro amor y compromiso se fortalecen a medida que superamos cada obstáculo que la vida nos presenta, convirtiéndonos en un ejemplo de fortaleza y superación para los que nos rodean.

Agradezco a Dios por las pruebas que me ha dado, ya que sé que en esta vida todo es aprendizaje y que, incluso, de las experiencias no tan buenas se puede obtener algo positivo. Quiero compartir esta historia para que sepan que, a pesar de las adversidades y los momentos difíciles que podemos enfrentar, Dios siempre nos cuida y protege.

Gracias por brindarme este espacio para compartir mi historia.

Leidy Leonor
Velásquez García

Docente de 45 años, se especializa en lenguaje y literatura de educación primaria, y forma parte del Minedu desde el año 2019. Actualmente, pertenece al equipo del COAR Lima.



“Mi fuerza soy yo” #mujeresliderando

Un chequeo preventivo ginecológico me permitió detectar el cáncer que crecía en mí... Después de lo vivido, puedo enfrentarlo todo.

El 10 de junio, como todos los años, fui a realizarme el último chequeo preventivo del 2023: un papanicolaou y una mamografía. No sé por qué siempre les he tenido miedo a esos exámenes, sobre todo al primero. Quizá porque alguna vez podría tocarme.

El médico que me auscultaba dijo que no veía nada bien mi cuello uterino y que debía ir a un ginecólogo oncólogo sin importar los resultados del Pap. Escuchar la palabra “oncólogo” me asustó. ¿Podría tener cáncer? ¿Iba a morir? ¿Iba a dejar de existir?

No voy a negar que, después de ese día, me tomé (porque uno decide) algunas semanas para sentirme triste, para asimilarlo, pero, sobre todo, para entender que, si no lucho por mi vida, no ganaré esta batalla. No iba a permitirme tristezas, en adelante, ni iba a permitir que mi familia sufriera. Así es que decidí ser la fortaleza para mí y para los míos.

Solo mi familia nuclear y un par de amigos supo de mi situación. No quería palabras de aliento cargadas de lástima. Porque nunca falta aquel que te dice: “Lo lamento”, “¡Qué pena!” o “¿Por qué a ti que eres tan buena?”. Seguramente nadie lo dice con mala intención, pero no quería escucharlo.

La batalla empezó: a alcalinizar mi cuerpo; a tomar vitaminas y suplementos; a dejar el azúcar, el pan y los postres; a tomar jugos verdes; a inyectarme ozono y más. En conclusión: a llevar una vida saludable.

Bajé cinco kilos... y no fue por la enfermedad. La verdad es que esta no se visibilizó ni se ha visibilizado hasta el momento. Dicen que lo hace en la última etapa.

Y seguí bajando de peso cuando inicié los tratamientos. Cinco kilos más al terminar todo. Me sentía una modelo con 1,70 m y 55 kg.

“Tenía que ser agradecida con Dios y con la vida... porque hay situaciones peores y lo mío no era así”.

Cerré mi 2023 con 5 quimioterapias, 25 radioterapias y 4 braquiterapias. Y mi cuerpo lo soportó. Quedó débil, pero lo logró. No fue fácil. ¿Te imaginas viajar desde Chaclacayo hasta San Isidro y de San Isidro a Chaclacayo durante 5 días seguidos por cinco semanas consecutivas? Lo tenía que hacer para recibir mis radioterapias, para recibir vida (aunque eso también trae consecuencias negativas). Cada día que pasaba era un día menos y era acercarse al final del tratamiento. A veces me sentía cansada; pero no iba a llorar ni tampoco a renegar por lo que me tocaba. Tenía que ser agradecida con Dios y con la vida, porque podía ser peor..., porque hay situaciones peores y lo mío no era así.

**“Yo fui mi
fortaleza y la
fortaleza de mi
familia”.**

“¡Señor, que se haga tu voluntad y no la mía!”. Esta frase la recordaba un día antes de las quimioterapias. No se me cayó el cabello, porque recibí media dosis (o algo así). Pero aquellos que sí lo pierden, porque reciben una dosis completa, ellos sí son muy valientes y más que yo. A veces deseaba no ir a las quimios, porque era lo más horrible que mi cuerpo experimentaba: náuseas, cansancio, debilidad, mareos, inapetencia y más. Por eso, repetía esa frase inicial. Pero solo podía sentir vergüenza por dolores tan minúsculos, en comparación con los padecimientos de aquellos que recibían dosis completas. ¡Cómo no estar agradecida con Dios! Finalmente, las braquiterapias llegaron, lo último para cerrar esta aventura. Y mi radioncólogo dijo: “No hay tumor”. Deseo que así sea y que no regrese. Aún debo continuar y no bajar la guardia.

Durante todo este tiempo, nadie me trató como una enferma... y lo estaba. Seguí trabajando. Incluso, al día siguiente de recibir una quimio, ya estaba temprano en mi centro de labores... débil, con náuseas, pero siempre con una sonrisa y derrochando vitalidad (quién podría imaginar que cargaba con tal enfermedad).

Después de todo lo que mi cuerpo recibió, quise contar lo vivido. Ahora sí sabía lo que iban a decir y deseaba escucharlo: “¿Todo eso viviste?”, “Eres admirable”, “¡Qué fuerte eres!", “Yo no hubiera podido con esa enfermedad” y más. Estas palabras hicieron sentirme más orgullosa de mí.

¿Cuánto dolor puede sentir una madre cuando un hijo está enfermo? Eso es incalculable. Puedo imaginar las noches de mi madre, seguramente, elevando una oración por mi salud al Todopoderoso mientras derramaba algunas lágrimas. Ella, en Navidad, me dijo: “No hiciste que me pusiera triste, porque no te vi triste. Tú nos diste fortaleza a todos”.

Y con esto último me quedo: “No solo la familia y las personas que nos aman pueden ser nuestro soporte frente a una enfermedad, sino que nosotros también podemos serlo para ellos”. Yo fui mi fortaleza y la fortaleza de mi familia.

Alicia Jovita
Cisneros Quispe

Docente de 59 años, se especializa en educación primaria y forma parte del Minedu desde el año 2022. Actualmente, pertenece a la Dirección de Educación Intercultural Bilingüe.



#mujeresliderando

“Historia de vida”

Me llamo Alicia Jovita Cisneros Quispe. Me autorreconozco como indígena

quechua. Nací en Ccaccamarca, un pueblo del distrito de Ocros, provincia de Huamanga, región Ayacucho. Mi lengua materna es el quechua y fui monolingüe hasta los 14 años. Cuando fui a la escuela, no sabía hablar el castellano. Mis compañeros todos eran monolingües quechuas como yo.

En mi comunidad, en esos tiempos, casi nadie hablaba el castellano; solo el único profesor del pueblo, quien nos enseñaba a los niños monolingües quechuas. Toda la clase se desarrollaba en castellano. Al final del día, teníamos que leer los textos en ese idioma; para ello, nos memorizábamos lecturas como *Pepe y Lola suben a la loma* o *Pepe y su perro Leal*.

Así fueron transcurriendo los grados. El profesor estaba preocupado por que aprendamos el castellano. Para ello, prohibió a todos sus alumnos hablar en quechua durante la clase. Entonces el aula era silencio total, porque nadie sabía hablar de otra manera. Para que se cumpla esta decisión, puso a los observadores, quienes nos acusaban al escuchar algún susurro en quechua.

Luego, pasábamos al frente para recibir latigazos o estar de rodillas cargando piedras en las dos manos, o nos encerraban en el aula, en fin, muchos castigos.

Aun así, mis padres estaban orgullosos por el paso que daba en mi educación. Siempre decían: “Mi hija está en la escuela”. Un día, mi abuela paterna llegó a la casa con la finalidad de que le escriba a su hija que radicaba en Lima. Con el papel en la mano y los huevos de gallina como forma de pago, me pidió que redactara una carta. Sentí un sudor frío en mi frente. Enseguida tomé el papel, pero no podía escribir lo que me pedía. Al ver esta situación, mi padre se quedó muy frustrado y dijo con voz muy triste: “Aquí en el pueblo no enseñan bien, mejor te vas a Lima donde tu hermana”. Llegué a Lima en el año 1975, pero no pude acostumbrarme, porque todo era diferente a mi pueblo.

Al siguiente año retorné a Ayacucho; pero esta vez a estudiar en una escuela urbana. Los maestros me dijeron: “¿De dónde vienes?”. “De Ccaccamarca”, les respondí. “Entonces, que vaya a los alrededores porque allí hablan el quechua, aquí no va a poder aprender las lecciones”, le decían las maestras a mi acompañante. Era la Escuela N.º 615 de niñas. Yo quería estar allí; sin embargo, me llevaron a las afueras de la ciudad donde sí me recibieron. Pero, en esa época, en la ciudad de Ayacucho todos hablaban en quechua; así que no había problema.

“Tener la secundaria completa en mi época era como terminar la universidad”.

En esas circunstancias, fallece mi padre y me quedé sin sustento económico. Entonces entré a trabajar en el mercado y pude seguir mis estudios. Allí terminé la primaria, pero mis aprendizajes no aumentaban, aunque pasaba de grado todos los años.

Tener la secundaria completa en mi época era como terminar la universidad. Así que arranqué con la secundaria. El primer día de la clase de Ciencias Sociales en primer año, el profesor Chenet me sacó al frente para leer un texto que se titulaba los *Caballitos de totora*. Yo inicié la lectura deletreando sílaba por sílaba, el docente movía la cabeza y me dijo: “Ay, Pancha, para qué has salido de tu pueblo, el colegio es para los que saben leer y escribir bien en castellano, estás perdiendo tu tiempo. Regresa a tu pueblo. ¿Tienes ovejas?”.

“Con las propinas que me daban, alquilaba cómics; así aprendí a leer”.

Y yo le respondí: “Tengo cabras”.

“Enseguida vaya a tu pueblo a pastar tus cabras que el colegio no es para ti”, me increpó. Así me sacó del aula y me fui llorando.

En ese tiempo, como trabajaba llevando carne al mercado, había un quiosco donde alquilaban libros de cómic, de chistes, como *La pequeña Lulú*, *Aguilucho*, *Águila solitaria*. Allí, con las propinas que me daban para comer, alquilaba los cómics; así aprendí a leer y volví al colegio. Le dije al profesor que había aprendido, ante lo cual nuevamente me hizo leer un texto. Yo lo leí con tanta soltura que se quedó asombrado y me dejó ingresar al aula.

Para el tercer grado, llegué a Lima; pero ya no podía trabajar y estudiar de día, por lo que pasé a la nocturna. Terminé la secundaria. Regresé a Ayacucho para postular a la Universidad de Huamanga; pero los senderistas habían quemado las partidas de nacimiento en el municipio de Ocros. Y sin partida, no pude inscribirme. Quizás mis padres nunca me registraron, porque solo contaba con una constancia de bautismo y con ese documento había sacado mi libreta electoral. Es así que, esperando la supletoria de mi partida en el juzgado, postulé al Instituto Superior Pedagógico Nuestra Señora de Lourdes de Ayacucho. Solo estudié dos semestres, porque lo dejé para irme a trabajar como profesora sin título. Luego, retomé mis estudios a distancia que ofrecía el mismo Pedagógico en el que había iniciado mi carrera.

Durante los años de la violencia política en los 80 y 90, estuve con mis niños y la comunidad en todos los frentes. Los militares me han golpeado en el lugar donde laboraba aduciendo que yo era terrorista, me golpearon en la cabeza y me dejaron en el pueblo. Los comuneros me recogieron y me llevaron a la ciudad de Lima. Me internaron en el hospital Almenara porque convulsionaba varias veces al día.

Salí de esa situación y me fui a la ciudad de Huamanga, donde ingresé al acompañamiento docente en varios programas desde 1995. Luego, trabajé como acompañante de soporte pedagógico intercultural en escuelas rurales. Ahora, estoy a cargo de la asesoría en la elaboración de los textos de Comunicación en lengua originaria quechua, variante chanca, en la DEIB del Ministerio de Educación.

**Lisbeth Margot
Arratia Gavilán**

Abogada de 43 años, se especializa en saneamiento de predios y forma parte del Minedu desde el año 2018. Actualmente, pertenece a la Dirección de Saneamiento Físico Legal y Registro Inmobiliario.

#mujeresliderando

“Las más valiosas”

Mi vida está inspirada en mujeres de lucha y motivación. En mi familia tengo los mejores ejemplos, empezando por mi abuelita materna, quien fue Victoria Sol Puscan. Ella nació en Chachapoyas y vino junto a sus padres y hermanos a la capital. Fue madre de 8 hijos y, como en aquellas épocas fue ama de casa, no pudo estudiar ni trabajar fuera de su hogar. Pero eso no le impidió ayudar en la economía familiar, haciendo unas deliciosas papitas rellenas con ajicito verde de huacatay que vendían mi mamá y mis tíos en la entrada de las fábricas cerca de su casa. Yo la recuerdo con mucho cariño porque ella me cuidaba cuando mis padres trabajaban.

Mi abuelita Vicky también hizo muchas amigas en el club de madres donde aprendía tejido junto a las vecinas del barrio, siempre dispuesta a ayudar y a colaborar con ellas, hasta que mi abuelito Casiano Gavilán Huarcaya se jubiló y decidió irse a vivir a su pueblo en Aucará, Ayacucho.

Pese a que en esos años el terrorismo se había apoderado del miedo en Ayacucho, mi abuelito decidió postularse a la alcaldía de su pueblo. Lamentablemente, sufrió un atentado terrorista en la madrugada del 10 de octubre de 1989. Cuando lo quisieron llevar a la plaza de la ciudad para hacerle justicia popular, mi abuelita Vicky (54 años) logró quitarle el pasamontañas a uno de los terroristas y verle el rostro, por lo que le dispararon muriendo de manera instantánea. Y luego mataron a mi abuelito Casiano (64 años).

Como en esa época solo había un teléfono comunitario en el pueblo, nos enteramos por la radio del fallecimiento de mis abuelitos. Mi mami y mi tío, por ser los hijos mayores, tuvieron que viajar a Aucará para reconocer los cuerpos y enterrarlos en el cementerio municipal como era la voluntad de mi abuelito.

A la edad de 35 años, mi mami Carmen Gavilán se convirtió en cabeza de familia. Aunque ya casi todos sus hermanos eran mayores de edad, aún las últimas estaban cursando sus estudios superiores. Si algo mi abuelita les inculcó a mis tíos fue el respeto por su hija mayor, y eso se ha mantenido hasta ahora.

“Si algo mi abuelita nos inculcó fue el respeto, y eso se ha mantenido hasta ahora”.

En ese mismo año (1989), a mi papá lo atropellaron y le fracturaron las caderas, por lo que se encontraba en una silla de ruedas. Recuerdo que mi hermano de 2 años y yo de 9 años veíamos a mi mami ir a trabajar con normalidad en su turno de enfermera, llegar a la casa a cocinar y atendernos. Gracias a que siempre estuvo pendiente de las terapias de rehabilitación de mi papá, él logró volver a caminar y regresó a su vida normal.

Mi mami estudió Enfermería en la Escuela Carrión y trabajó en La Oroya, en el campamento de Cerro de Pasco, donde conoció a mi papá. Ella laboró en las alturas hasta los 7 meses de embarazo porque nací sietemesina. Luego de eso, le tomó un tiempo encontrar una plaza en Lima, por lo que me dejaba al cuidado de mi papá y mi abuelita Vicky.

“Me han enseñado a soltar todo aquello que no me deja avanzar y a sonreírle a la vida”.

Cuando consiguió su plaza en el hospital Almenara, pasó por diversos servicios entre emergencia y el tercero B oeste. En su momento, hacía cuantas horas extras le fuera posible. Apenas pudo, estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde logró titularse como enfermera. Salía de sus guardias y cruzaba hacia San Fernando para recibir sus clases. Fue un tiempo en el que la veíamos poco en casa.

Durante sus años de servicio, pasó por la epidemia del cólera y, ahora último, por la del COVID-19. Por la edad que tenía, le sugerimos que se acoja a la licencia; sin embargo, en el 2021, en la segunda ola, se contagió del virus y se puso muy grave, incluso llegó a estar internada por varias semanas porque su saturación era muy baja. Fueron días angustiantes en los que recuerdo que esperaba con ansias la llamada de EsSalud para que me digan que vaya a recogerla porque le habían dado el alta. Luego de ese episodio, mi mami decidió volver a trabajar y ahora está en sus últimos meses como enfermera en actividad, pues en agosto cumple 70 años y ya le toca jubilarse.

Mi mami siempre ha sido de las mujeres que ha sabido equilibrar su vida personal, profesional y familiar. Ahora, en su rol de abuelita, es muy amorosa y está pendiente de sus nietos, disfruta prepararles sus comidas favoritas y viajar con ellos. Cuando me quedo sola porque a mi esposo le toca viajar, ella es mi mayor apoyo. Siempre está ahí para cualquiera que la necesite. En mi vida, ambas, mi abuelita y mi mami, me han enseñado con el ejemplo a soltar todo aquello que no me deja avanzar y a sonreírle a la vida.

Fabiola Ruth
Maguiña Lopez

Administradora de 30 años, es madre de una hija y forma parte del Minedu desde el año 2014. Actualmente, pertenece a la Oficina de Bienestar Social y Relaciones Laborales.



“Mi primera chamba” #mujeresliderando

Han pasado 10 años y pienso con nostalgia cuántos servidores he visto pasar por estos pasillos, lo cual me trae el grato recuerdo de mi primera vez en el Minedu.

Las ganas de aprender y de vivir que tiene uno de joven se ven reflejadas en el comportamiento ansioso que demuestra el deseo de comerse el mundo. Por eso, cuando empecé a trabajar, sentí una emoción inexplicable, y creo que cada uno de ustedes lo ha vivido con su primer trabajo. Recién había terminado mi primera carrera técnica, una carrera que culminé con mucho esfuerzo, básicamente por temas económicos..., pero esa es otra historia.

Tuve la oportunidad de iniciar mis labores profesionales en la Oficina de Bienestar Social de la Unidad de Personal del Minedu.

La emoción en mí... era desbordante, ¡era mi primera chamba! No se imaginan lo nerviosa que me sentía. Recordarlo sigue poniéndome la piel de gallina. Pensé cómo sería mi primer día de trabajo y, de pronto, a mi cabeza vinieron las interminables horas que pasaría en el transporte público para trasladarme a la Sede Poesía en San Borja, teniendo en cuenta que la casa familiar se ubicaba en Lurín.

Mi primer día fue superemocionante. En el mes de setiembre de 2014, inicié mis labores en esta institución. Conocí a muchas personas que me acogieron con bastante amor, las cuales compartieron sus conocimientos y experiencias en el Minedu. Era toda una maravilla poder conversar con ellas, me contaban sus historias en Van de Velde (la antigua sede) y muchas más...

Mi primera tarea fue organizar el “Taller de Integración y Motivación Organizacional” para sesenta servidores de la UPER. ¡¡Todo un reto para una novata!!, en donde tuve el apoyo incondicional de la señora Zoilita, Carmencita, Anita y Vikyta, servidoras que tuvieron gran influencia en mí.

“La emoción en mí... era desbordante, ¡era mi primera chamba!”.

Esta actividad se llevaría a cabo en un sitio campestre fuera de Lima. Durante todo un día, realizaríamos diversas actividades, como charlas, competencias y retos. Los tres grupos formados estuvieron integrados por trabajadores de diferentes oficinas. Para que puedan conocerse, se identificaron por el color de sus polos: azul, verde y rojo. Fue un día muy especial, ya que se descubrieron muchos talentos. Lo mejor de todo fue que entre los integrantes de nuestra oficina estrechamos lazos que hasta la fecha perduran.

Otra experiencia bonita que tengo es el entusiasmo mostrado por mis compañeras al recibir la noticia de que tendría a mi bebé.

“Tomemos la decisión y empecemos la gran aventura de vivir la vida, sin importar la edad que tengamos”.

Para el “Día de la Madre” tuve el reconocimiento como la “Mamá Minedu más joven”, en la celebración institucional del 2017, cuando tenía 23 años de edad.

De allí para adelante realicé labores en diversas áreas y coordinaciones. Poco a poco fui ganando experiencia y seguridad, además de tener la oportunidad de seguir conociendo a servidoras con mucha entrega y dedicación a la institución, entre ellas Dorita, Techí, Lucita y Lili, quienes me motivaron a continuar estudiando.

Ya con mi hijita en brazos, tomé la decisión de iniciar mis estudios universitarios. Al principio, fue muy difícil estudiar, trabajar y criar a una beba de un año, pero no era imposible. Todo por cumplir mis sueños y el de mis padres: verme graduada de la Universidad Continental como licenciada en Administración. Al respecto, debo recalcar que tuve la comprensión y el aliento de mis jefes para culminar los estudios. También debo decir que trabajar en el Minedu fue encontrar a una segunda familia...

Ahora, en el 2024, la graduación está muy cercana y puedo ver en retrospectiva todo lo recorrido. Agradezco la oportunidad de este trabajo en el Minedu y el apoyo de diversos compañeros y compañeras. Sobre todo, valoro cada uno de mis logros, los mismos que fueron conseguidos con esfuerzo y perseverancia.

Podemos tener dudas para asumir retos, pero, a partir de mi propia experiencia, les dejo el mejor consejo: “Tomemos la decisión y empecemos la gran aventura de vivir la vida, sin importar la edad que tengamos”.

Carmen Rosa
Elías Rolando

Abogada de 35 años, se especializa en planificación, presupuesto, manejo de estadísticas, contrataciones del Estado, logística, tesorería y recursos humanos, y forma parte del Minedu desde el año 2021. Actualmente, pertenece a la Oficina de Defensa Nacional y de Gestión del Riesgo de Desastres.



#mujeresliderando

“El costo de oportunidad por partida doble”

Inicio mi historia con mis orígenes. Soy de la provincia de Cañete, viví mi niñez hasta mi juventud en el distrito de Quilmaná.

Mi mamá fue docente del nivel inicial, que lo dejó por dedicarse a la educación de sus hijos siendo ama de casa, ardua dedicación. Para ella, no existe imposibles porque todo se puede y eso se internalizó en mí: ser una mujer luchadora. Mi padre, cuya fuerza física valoro mucho, es un gran trabajador independiente dedicado al rubro de transportes, del cual fui parte, desde pequeña, ayudándole a cargar materiales para la construcción en algunas oportunidades.

Desde niña fui muy dedicada en el estudio. Vengo de un colegio estatal inicial en la IE 320, cursé mi primaria en la IE Santa Rosa de Lima y secundaria en la IE Miguel Grau. En primaria y secundaria, fui elegida brigadier escolar en cada grado hasta llegar a ser electa como brigadier general en 6.º de primaria y 5.º de secundaria, mostrando un alto espíritu cívico y desfilando con gusto cada año en el aniversario de creación de mi distrito.

Para mi preparación preuniversitaria, asistí a las academias en Cañete y también en Lima. Como todo sacrificio, tuve muchas y largas horas de estudios, amanecidas y, por qué no decirlo, hubo días sin dormir, lo que me llevó a ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el año 2007, en la carrera de Economía.

Mis experiencias laborales me permiten ahora autoevaluarme en este espacio. Me describo como una persona predispuesta que cumple a cabalidad con sus funciones, muy responsable, proactiva y respetuosa, que se genera y permite tener espacios y oportunidades para la mejora continua. Sin embargo, la otra cara de la moneda es el costo de oportunidad de los tiempos de atención como madre en mi hogar, porque muchas veces se tiene que atender pedidos urgentes y prioritarios.

Soy felizmente casada y madre de dos pequeños niños, el mayor de 7 añitos y la menor de 1 añito. Cada día es una constante atención por partida doble, siendo, por un lado, madre alerta de las necesidades de mi pequeño hijo en etapa escolar y mi bebé en etapa de lactancia, y, por otro lado, servidora responsable con las atenciones laborales del Minedu, donde llevo contratada como coordinadora desde hace dos años. Me gusta trabajar y dirijo a mi equipo de la mejor forma posible, respetando sus opiniones para el cumplimiento de sus funciones.

“La vida es una constante lucha de superación propia y corrección de errores”.

Agradezco a mis padres y hermanos por sus sabios consejos, muy provechosos en gran parte de mi vida que, desde pequeña, implicó mucho sacrificio y muchas amanecidas, como las que actualmente también se presentan, en ocasiones, por las labores que tengo a bien realizar desde casa, aun siendo fuera del horario, porque soy muy comprometida.

Soy consciente de que puedo seguir mejorando, pues la vida es una constante lucha de superación propia y corrección de errores. La preparación es constante y cada uno se pone retos de cualquier índole. A lo largo del camino, tendremos aciertos y desaciertos, y justo ello es parte de la vida.



Lucía Carolina
Cielo González

Docente de 36 años, se especializa en educación artística y forma parte del Minedu desde el año 2018. Actualmente, pertenece a la Dirección de Evaluación Docente.

#mujeresliderando

“Niñas en las sombras”

Hay un grupo de mujeres de las cuales pocas veces se habla para “no herir susceptibilidades”,

un grupo de mujeres que viven en las sombras y lloran en silencio o algunas a gritos, pero que casi nunca son escuchadas; aquellas niñas que han sufrido violencia, dolor, maltrato, agresión, a veces de personas extrañas o a veces por parte de sus propias familias, y yo... yo soy una de ellas.

Desde los 8 años sé lo que es perder la esperanza, sentir que todo está perdido; sé lo que se siente que te roben la sonrisa y con ella la felicidad y las ganas de vivir. Me ha costado años poder ponerme en pie y, aunque dicen que la vida es un subir y bajar, a mí me tocó bajar al mismo infierno varias veces, pero poco a poco y con mucho miedo logré escalar. Me aferré a mi madre, a mis amigos, a mis estudios, a mi trabajo y cada día para mí fue un triunfo.

Aunque de vez en cuando hay pequeños bajones, recuerdo que soy fuerte, que no estoy sola, que soy valiente, que siempre se puede resistir y luchar un poco más, y me aferro con uñas y dientes a cada proyecto que emprendo, a cada logro que tengo, y doy un paso a la vez.

Nací en Huancayo, pero llegué a Lima para estudiar con mucho sacrificio en esta ciudad que no conocía y donde no tengo familia. Me dediqué al arte: la danza ha sido mi pasión, mi forma de olvidar, donde puedo ser yo misma, mi vida... Logré ser licenciada en Educación Artística en la especialidad de Folklore, mención Danza, y egresada destacada de mi *alma mater*, la Escuela Nacional Superior de Folklore José María Arguedas. Luego, logré ser profesora de distinguidos colegios y capacitadora de docentes de Arte y Cultura. También he logrado terminar con éxito mis estudios de maestría en Gestión Cultural y deseo culminar prontamente mi tesis.

“Siempre se puede resistir y luchar un poco más”.

Uno de los más importantes logros de mi vida, a nivel laboral, es trabajar en el Ministerio de Educación, específicamente en la Dirección de Evaluación Docente, donde ya llevo más de cinco años cumpliendo uno de mis más grandes sueños. Con ello, creo que estoy contribuyendo a mejorar la calidad de la educación en mi patria, especialmente de aquella que brindamos a los estudiantes de instituciones educativas públicas.

Por otro lado, logré pertenecer al Conjunto Nacional de Folklore y representar al Perú a nivel nacional e internacional en países como Ecuador, Colombia, Chile, Argentina, México y EE. UU., a donde viajé en varias giras para mostrar mi arte en muchos bellos escenarios.

“Siempre se puede empezar de nuevo, por muy difícil que sea”.

También he logrado dirigir mi propia Asociación Cultural, a la que le puse el nombre de Dartemus, y ahora, a través de ella, gestiono proyectos artísticos y de ayuda social en zonas rurales tan alejadas, donde también he encontrado niñas que viven en las sombras. Estos pequeños logros y otros son los que me hacen sentir viva y me empujan a seguir adelante.

Existimos niñas en las sombras, que nacimos del dolor y el sufrimiento. Pero lo que pocos saben es que ¡NO nos quedamos ahí!; que nos convertimos en mujeres; que nos cansamos de callar; que día a día enfrentamos el miedo, los prejuicios y el qué dirán, y aprendemos a defendernos. Sé que, desde donde estamos, siempre defendemos y apoyamos a todas las que podemos. Así, les enseñamos a todos que siempre, siempre se puede empezar de nuevo y que, por muy difícil que sea, NO nos rendimos y peleamos. Además, le enseñamos al mundo que, si bien a veces podemos sentirnos agotadas, al final nos ponemos de pie las veces que sean necesarias, porque estamos hechas para lograr lo que nos proponemos y nadie nos puede detener. Hasta el final lucharemos en la luz y en las sombras.

Agradecemos a cada servidora que se sumó a esta iniciativa de revalorización del rol de la mujer en el marco de la conmemoración del **Día Internacional de la Mujer 2024** desarrollada por el **Ministerio de Educación**.

Calle Del Comercio 193, San Borja
Lima, Perú
Teléfono: (511) 615-5800
www.gob.pe/minedu